



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 31 — Madrid 5 de Noviembre de 1886

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

## SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *Recuerdos de Santa María de Veruela*, por D. M. Pérez Villamil. — *El bascuence en Alemania*. — *Leyenda nabarra*, por D. Juan Iturralde y Suit. — *El primer misionero del desierto de Sahara y de la costa de Marruecos*, por fray Tirso López. — *¿Si yo tuviera madre!* (conclusión), por fray Conrado Muñoz Sáenz. — *Conocimientos útiles*. — *Miscelánea*.  
GRABADOS. — *Ilmo. y Rvdmo. Sr. D. Fray Martín García*. — *Vista general del monasterio de Montecassino en Italia*. — *El marqués de Lombay reconociendo el cadáver de la Emperatriz Isabel en la capilla real de Granada*. — *M. Fernando de Lepseps*.

## LA DECENA

HABÍA oído hablar muchas veces, entre las aficiones que predominan en nuestro país, de una que suele designarse con un nombre vulgar y hasta poco culto: la afición a los *momios*. Pero a nadie le había ocurrido que llegase un día en que esta afición cambiase de género, y sin embargo ese día ha llegado.

La afición a las *momias* se ha inaugurado el penúltimo domingo, con toda solemnidad, en un establecimiento del Estado, con el concurso del elemento oficial, con numerosa y selecta asistencia de público y con el aparato que requería el caso.

La novedad del acontecimiento era, en efecto, causa bastante para despertar el interés de los hombres de ciencia y picar la curiosidad de los indiferentes.

Del acto público nada tengo que decir a mis lectores, porque toda la prensa le ha descrito con más ó menos acierto y con más ó menos detalles.

Tampoco haré mención del erudito discurso pronunciado, con pretexto de la exhibición de la momia, por el señor Toda, que es quien ha traído de Egipto y presentado en Madrid ese cadáver embalsamado hace tres mil años por procedimientos cuyo secreto ha barrido del mundo la escoba de la civilización moderna.

De lo que quiero hablar (contando con la discreción y reserva de mis oyentes) es de la parte, por decirlo así, privada del suceso y que conocen hasta hoy sólo dos personas; parte mucho más interesante y curiosa que la que se ha desarrollado a la vista de los espectadores en el Colegio de San Carlos.

Yo no soy hombre de ciencia, ni aun de la categoría de las momias; pero sé del pie que cojean los hombres de ciencia de mi país. Mientras se procedía (a la verdad con algunas dificultades) a levantar las envolturas de la momia, iba recordando la historia de

la momia *Alamistakeo*, popularizada por Edgardo Poe, y dije para mí: «¿Qué apostamos a que los hombres de ciencia, y especialmente de ciencia momia, quieren ensayar en esta niña de tres mil años algo parecido al experimento hecho con *Alamistakeo* y que dió resultados tan portentosos para la ciencia?»

Dicho y hecho (y aquí tienen ustedes la prueba de que no soy hombre de ciencia); acerté en mis conjeturas. Supe por una feliz casualidad que dos noches después de la del domingo se iba a proceder a la extracción de ciencia de la momia de la xix dinastía.

No quiero decir los medios, los trabajos y hasta las intrigas que puse en juego para asistir a los experimentos; baste saber que, oculto en sitio a propósito y provisto de unos gemelos de teatro, pude presenciar aquel banquete científico de cecina egipcia...

Tres horas duró la sesión, durante las cuales se averiguaron multitud de cosas que ya sabíamos, y con cuya enumeración no he de fatigar la paciencia de mis lectores. Y aun si he de ser franco (que sí lo seré, para probar que no soy sabio), diré que, arrullado por las discusiones de los egiptólogos, me

quedé profundamente dormido, haciendo el dúo a Roque que se me había adelantado en esta irrespetuosa manifestación.

Al despertar nos vimos... es decir, no nos vimos, porque la oscuridad era absoluta; nos encontramos completamente solos mi fiel sirviente y yo.

Por fatal negligencia, no teníamos fósforos, y temiendo producir alguna alarma en el establecimiento, donde reinaba un silencio sepulcral, no quise dar voces para que nos guiasen a la salida. Traté de recordar el sitio por donde habíamos entrado y echamos a andar a tientas, palpando las paredes para orientarnos.

Después de caminar durante media hora por diferentes habitaciones, yo, que iba delante, tropecé con un mueble; alargué la mano, y la impresión que recibí por medio del sentido del tacto, me hizo comprender que habíamos vuelto al punto de partida y nos hallábamos delante de la mesa sobre que estaba tendida la momia.

Se lo hice notar a Roque, a quien no agradó mucho la noticia. No le hacía gracia hallarse tan cerca de un cadáver a tales horas y en medio de tal oscuridad.

Por mi parte me sentí asaltado de extraños pensamientos ante aquel despojo humano y me subieron a la cabeza ciertos vapores de punzante curiosidad. Experimenté una *comezón de sabiduría* (no encuentro otra frase para expresar aquel estado de mi espíritu), y tocando con el codo a Roque, le dije:

— Si yo tuviera el poder de hacer hablar a esta momia...

— Calle usted ¡por Dios! — contestó Roque temblando... — Vámonos, que debe ser muy tarde.

— ¿Tienes miedo, mentecato?

— ¡Yo... miedo!... ni por asomo; pero no me gusta hablar con los muertos.

— Ea, prepárate, porque voy a hablar a la momia... Si supiéramos cómo se llamaba en vida...

— Vaya, señor, déjese usted de bromas, y...

— ¡Silencio!... ¿No te parece haber notado un ligero movimiento...?

— No, señor, no... no he notado nada... Vámonos de aquí.

— Déjame intentar lo imposible — le dije por lo bajo.

Y luego, dirigiéndome al sitio que ocupaba la mesa, exclamé dando a mi voz la mayor solemnidad posible:

— ¡Momia! ¿Cuál es tu nombre?

No sé lo que pasaría por Roque; lo que pasó por mí fué una impresión indefinible de terror, de satisfacción, de asombro, de frío, de calentura, de éxtasis, de repulsión, de estremecimiento nervioso al oír primero agitarse el cuerpo de la momia, produciendo un sonido como de hierba seca, y después una voz de niña de diez a once años, que articuló dulcemente:



ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR DON FRAY MARTÍN GARCÍA,  
Nuevo Obispo de Cebú.



— ¿Quién me llama?

Roque daba diente con diente, y habría caído al suelo á no apoyarse en mi brazo.

Yo estaba como ebrio de entusiasmo científico... ¡Una momia de 3.200 años que habla! ¡Y que habla en castellano...! A menos que no resulte ahora que el lenguaje egipcio de la décimanona dinastía es el español, más ó menos corrompido, del decimonono siglo.

No era cosa de perder el tiempo en reflexiones faraónicas. Era preciso arrancar á aquella momia hasta el último secreto de su época...

Tantas preguntas se me venían á la boca, que no sabía por cuál empezar; pero como no está reñida la ciencia con la galantería, dije vivamente emocionado:

— ¿Cómo te llamas?

La momia, no menos conmovida que yo, contestó distintamente:

— Sinforosa... Pero yo lo diré todo... No me haga usted daño.

Sin duda aludía á las incisiones, raspaduras y punzadas que la habían hecho sufrir los sabios.

— ¿Dónde naciste? — proseguí con acento cariñoso.

— En Carabaña.

— ¿Es decir, yendo tu madre en una caravana?

— Sí, señor.

— ¡Roque! — exclamé en un arranque de entusiasmo; — apunta este detalle: los egipcios pronunciaban la *n* como nosotros pronunciábamos la *ñ*.

Y volviéndome á la ex-sacristana de Isis, pregunté:

— ¿Puedes decirme algo de los misterios de tu dios?

— No hay misterios allí.

— Bien; otro dato importante... Sigamos. ¿De qué color eran los ojos de Cleopatra?

— No he conocido á esa señora.

— Tienes razón; olvidaba que naciste mil doscientos años antes que ella... Dime: ¿Cómo aderezaban tus paisanos para comerlo el *fahaja* que pescaban en el Nilo?

— Allí no se comen las fajas — contestó con maliciosa risa la momia.

— ¿Había zapateros en Menfis?

— Tal vez...

— *Tatbebs*... En efecto, así llamabais á las babuchas... Respóndeme á otra pregunta de trascendental interés para el estudio de vuestro país: las aguas del río sagrado ¿eran cenicientas ó verdosas?

— Ni-lo uno, ni-lo otro.

— Del Nilo te hablo, efectivamente. ¿No me engañas?

— ¡Ah, mentis!

— La *Amenthi*... Es cierto; allí te llevarían después de muerta...

— ¡Yo no estoy muerta! — gritó con espanto la momia Sinforosa...

La sesión, como se ve, interesantísima para el porvenir de la humanidad, fué de pronto interrumpida por el ruido que hizo al abrirse una puerta lateral y por la presencia de un hombre que con un farol encendido se presentó en la habitación, y encarándose con nosotros dijo bruscamente:

— ¿Qué hacen ustedes aquí?

— Estábamos hablando con la momia — respondí sin desconcertarme.

— ¡Buen par de momias están ustedes...! Gracias á que me parecen ustedes personas honradas, á juzgar por esa cara de papanatas, que si no... Ea, caballeros, por aquí es la salida.

Y echó á andar delante de nosotros para enseñarnos el camino.

Volví la cabeza para despedirme de la bondadosa momia... y entonces hice un nuevo descubrimiento. En lugar de la mesa de disección, vi un catre de madera, y en vez de momia egipcia, una chiqueta respirando vida, que se acurrucaba bajo las ropas. Era, sin duda, la criadita del conserje del establecimiento.

¡Qué decepción!

Tanto tiempo he gastado en hablar de la momia, que tendré que pasar muy de prisa sobre los pocos sucesos *decentes*, ocurridos desde mi última Revista.

Diré á la carrera algo de las carreras de caballos verificadas en los últimos días.

No se fíen ustedes mucho de la exactitud de mi relato, porque le hago sin conocimiento previo de la materia, sin apuntes, sin datos de ninguna especie y sin haber siquiera asistido al espectáculo. Pero sé por experiencia que así se escriben muchas críticas y no por eso se hunde el firmamento ni tiemblan las esferas.

Como todas las carreras se parecen entre sí, me limitaré á dar cuenta de las de un solo día. Allá van sin más preparación:

PRIMERA CARRERA. — *Sin-criterium*. — Consistía el premio en 5.000 pesetas, de «Consideración pública», y le disputaban caballos y yeguas de distintas castas. Ganó *Lujo*, que desplegó todas sus facultades, siguiéndole muy de cerca *Presuntuoso* y *Vanitas*. La yegua *Inteligencia*, de la ganadería de los Estudios, quedó muy rezagada, y completamente distanciados *Mérito* y *Modesto*, que, más que de carrera, parecían caballos de berlina.

SEGUNDA CARRERA. — *De saltos*. — Premio de la Sociedad: Un puesto elevado. Ganó *Protegido*, que era favorito; pero el Jurado declaró que merecían también premio *Osado*, que hizo prodigios de destreza, aunque mal dirigidos, é *Inverecundo*, al que no se le ponía nada por delante, pero que se lastimó una pata por meterla fuera de reglamento. Los demás caballos que estaban apuntados para esta carrera, *Benemérito*, *Dignidad* y *Servicios*, hicieron un triste papel.

TERCERA CARRERA. — *De obstáculos*. — Tan grandes los encontraron, que se retiraron sin lucha *Fides*, *Sensato*, *Honradez* y *Decorum*. Los jokeys que los montaban declararon que estaban tan habituados á estas derrotas, que ya no les hacían mella. Se llevó el premio el potro *Dinero*.

CUARTA CARRERA. — *Precoz*. — Premio de Inmortalidad. Hubo que repartirle á prorrata entre los potrancos liliputienses *Literato*, *Eminente*, *Genio* y *Héroe*, que llegaron juntos á la meta.

QUINTA CARRERA. — *Pura sangre*. — Conquistó el lauro *Matador de toros*, de pura sangre española, venciendo por dos cuerpos de caballo á *Carnicero* y dejando muy atrás á *Malachin*.

SEXTA CARRERA. — *De antitesis*. — Muchos eran los premios ofrecidos para esta última carrera de la tarde. También eran muchos los caballos matriculados y que debían correr dos á dos. Terminada la competencia, resultó que habían vencido: *Usura* á *Capital*, *Interés* á *Amor*, *Libertinaje* á *Pureza*, *Gomoso* á *Viril*, *Influencia* á *Justicia* y *Tahonero* á *Peso*, no obstante ser éste tan ligero.

La tarde muy buena para los que ganaron las apuestas.

La concurrencia hizo todo lo posible para aparentar que se había divertido.

El desfile se resintió de falta de ensayos.

Si he incurrido en alguna inexactitud, confundido el nombre de algún caballo ó omitido algún detalle de la fiesta hípica, pido perdón á los lectores en gracia de mi buen deseo por tenerles al corriente de un acontecimiento tan trascendental para el porvenir de la nación española, digna de mejor suerte, de caballos más corredores y de toros más bravos.

\*\*\*

No digo esto último por alusión á la corrida del *Gran Pensamiento*.

Se habían puesto todos los medios para que esta corrida fuese digna de los altos fines que persigue y acosa esa Sociedad.

No sé á ciencia cierta qué fines son los suyos, pero desde luego afirmo que son humanitarios y filantrópicos, puesto que *El Gran Pensamiento* ha tenido el pensamiento grande de estrenarse con una corrida de toros.

No es culpa suya si los toros han resultado más filantrópicos de lo que convenía á los intereses morales de la Asociación y á los productos materiales de la fiesta.

\*\*\*

A propósito de toros: vuelve á hablarse de la creación de una sociedad para pedir la abolición de esta fiesta.

Se dice que están muy adelantados los trabajos; que se piensa en fundar periódicos é imprimir folletos, Memorias y libros, que se repartirán profusa y gratuitamente entre todas las clases sociales, para combatir esa diversión que (dicen los promovedores del *mal pensamiento*) nos deshona á los ojos de los países civilizados.

Mas para esta propaganda se necesitan grandes medios pecuniarios, y se están estudiando proyectos y procedimientos para allegar recursos.

Yo propongo humildemente una idea que, si se acepta, hará ingresar algunos miles de pesetas en la caja social:

Celebrar un par de corridas de toros y aplicar sus productos á la propaganda contra la fiesta nacional.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL



Indudable que en plazo más ó menos corto vamos á presenciar graves sucesos en Europa. Las grandes potencias se agitan buscando solución á los problemas sociales que la revolución moderna ha planteado, y como impelidas por una fuerza secreta, todas miran la guerra como el único y más eficaz remedio á los males que las trabajan.

Pero la guerra ¿en qué condiciones? ¿contra quién? Inglaterra y Rusia tienen bien definido este punto; ambas potencias codician la presa de Turquía. En cambio las demás naciones no saben á qué atenerse, y por eso ora vemos que se inclinan á favorecer á Rusia, ora á Inglaterra. En esta gran batalla en que se disputa la preciosa manzana de oro de Constantinopla, no saben qué solución podrá convertirlas. Hace pocos días que se daba por hecha la alianza anglo-alemana-austriaca contra Rusia, y hoy se da por seguro lo contrario; la unión de todas las grandes potencias contra Inglaterra, la nación más rica y poderosa que hoy existe en Europa, por apoyarse en el predominio colonial y marítimo, que es su ambición única y á la que sacrifica pueblos enteros.

La situación más incierta es la de Francia. ¿Se une con Inglaterra? Pues sobre la hostilidad de Rusia tiene la implacable ofensiva de Alemania. ¿Se alía con Rusia? Pues se suicida al romper sus vínculos tradicionales y su identidad de intereses con Inglaterra.

Y el hecho es que mientras las grandes potencias discuten en los Gabinetes diplomáticos la conducta que deben seguir, Rusia sigue su camino hacia el Bósforo. Ahora, por de pronto, obligará á Bulgaria á reconocer el príncipe que le designe; luego acabará de convertir dicho principado en feudo suyo, y utilizando ahora la revolución rumeliota, que en su día denostó, quedará dueña absoluta de los pasos y gargantas de la gran cordillera balkánica, sin necesidad de haber derramado una gota de sangre ni gastado un real de su Erario. Y no poco que se reirá el coloso desde las altas cumbres, ilustradas por el heroico Gourko, y perdidas temporalmente por las intrigas é imposiciones de la diplomacia, contemplando á su rival, á Inglaterra, procurando evadirse de las mallas diplomáticas, en que con arte exquisito ha sabido envolverla.

Pero cortemos aquí el hilo á reflexiones generales sobre el curso de los futuros acontecimientos á que está abocada Europa, para concretar las noticias que nos llegan sobre la cuestión de Bulgaria.

Rusia, en tanto que su diplomático el general Kaulbars torea, como aquí decimos, á los pobres búlgaros, se apercibe para la invasión.

Numerosas tropas van reuniéndose en las fronteras del Imperio, y la escuadra del mar Negro sólo espera la orden de hacerse al mar para romper las hostilidades. La lucha va á ser bien triste: una potencia formidable habiéndose con un pequeño principado, más pequeño que la más pequeña de las provincias del Imperio moscovita.

Y cuenta que la actitud de los búlgaros no puede ser más prudente. En la reunión de la Asamblea celebrada el 31 del pasado, la Regencia ha declarado que su propósito firme es el de marchar de acuerdo con Rusia en la elección de príncipe, y que no se trata en manera ninguna de la reelección de Alejandro de Battemberg. ¿Qué más quiere el coloso?

Sin embargo, posible es que no se contente con esto, y con cualquier pretexto meta sus tropas en Bulgaria, aunque no sea más que para que aprendan el camino de Constantinopla.

Ahora toda la atención está concentrada en los debates de la Asamblea. Pronto veremos el desenlace de este episodio en el drama inmenso de la cuestión de Oriente.

Por hoy nada más.

La situación de Inglaterra no es tan favorable como la de Rusia.

El telégrafo anuncia que la insurrección de Birmania va en aumento y para Inglaterra toda guerra colonial es un grave daño é inmenso peligro.

En la India no faltan chispazos y el aspecto de Egipto no es tranquilizador para las tropas inglesas.

Esto en lo que se refiere á la situación política, que en cuanto al estado religioso la cosa varía por completo. He aquí una noticia por extremo consoladora. Como prueba, dice un periódico, de lo que adelanta en Inglaterra la religión católica, se cita el hecho de haber ordenado el ministro de la Guerra de aquel país, que las banderas de los regi-



mientos dadas ultimamente, hayan sido bendecidas por sacerdotes católicos, en vista de que la mayoría de los soldados lo son también.

Por ese camino es por donde Inglaterra ha de recobrar su preponderancia en Europa, hoy tan gravemente comprometida.

La cuestión de Irlanda aplazada, pero no resuelta.

No pasan quince días en Francia en que no se hable con fundamento de crisis.

Ahora se teme que sobrevenga por el proyecto que se va a discutir en la Cámara acerca del recargo de los cereales.

En efecto, no es verosímil que el ministro Monsieur Develle, después de haberse declarado partidario de recargo de los derechos actuales, conserve su cartera si no se vota una proposición encaminada a dicho objeto.

Se afirma que si sale del ministerio Mr. Develle le seguirán los Sres. Sarrien, Demole y Baihaut.

Tanto el presidente de la República como Freycinet, están haciendo grandes esfuerzos para conjurar la crisis.

Podría conseguirse con aplazar la cuestión para la legislatura de 1887; pero el grupo agrícola de la Cámara de diputados quiere que se active dicho asunto, fundándose en la crisis por que atraviesa la agricultura francesa, diciendo que no puede competir con los cereales extranjeros.

Tal es la vida del Gobierno francés. Tiene la vida prendida con alfileres.

La libertad, la pobre libertad acaba de conseguir otra victoria en la Cámara francesa, de esas á que está tan acostumbrada desde que se declararon sus tutores los hombres de la revolución.

Después de ocho días de discusión, se aprobó, por 361 votos contra 165, la ley disponiendo que sea laico el personal de todas las escuelas primarias.

Al terminar la votación, las derechas gritaron irónicamente: «¡Viva la libertad!»

Las izquierdas contestaron: «¡Viva la República!»

Donde dice laico léase impío; que no otra cosa significa la secularización de la enseñanza.

El párrafo anterior nos hace recordar un suelto que leímos hace poco en un diario de Bolonia, el cual puede servir de comentario á la ley votada por la Cámara francesa. El hecho, según lo refiere el periódico italiano, es el siguiente:

«Mr. Fajani, ministro de Justicia y de Cultos en el Gabinete italiano, perseguidor de las Órdenes religiosas, que recientemente se ha distinguido cometiendo arbitrariedades contra los jesuitas de Florencia, y signatario de la circular recientemente dada en Italia contra esta Orden religiosa, ha puesto á sus hijos en un colegio de Roma dirigido por los Padres jesuitas.

«Lo mismo sucede á M. Coppino, ministro de Instrucción pública, el cual, preguntado por el Padre jesuita director del Colegio, cómo había mostrado recientemente tan grande odio á las Órdenes religiosas y luego no tenía inconveniente en encargar á los jesuitas de la educación de sus hijos, hubo de contestar: «¿Qué queréis que haga, Padre? Una cosa es mi cualidad de ministro, que me impone deberes públicos, y otra muy diferente es la de padre, que me impone el deber de velar sobre la educación de mis hijos. Yo os he confiado á mis hijos porque os tengo por hombres capaces y virtuosos.»

¿Qué juicio merecen esos hombres, que abundan en Italia, como en Francia, como en España, que como padres de una nación la condenan al envenenamiento y á la deshonra, y como padres de sus hijos hacen todo lo contrario de lo que públicamente enseñan y proclaman como bueno y fecundo?

Puede contestar la conciencia del hombre más pervertido.

Con el afán colonizador que se ha apoderado de las grandes potencias coincide cierto espíritu de autonomía en las colonias, de que nos ofrecen señales de vez en cuando las insurrecciones de varios países.

Hoy nos habla el telégrafo de que los indígenas de Eubambane, población situada á la entrada del canal de Mozambique, se han rebelado contra la dominación portuguesa. Y lo peor es, que según parece, el movimiento de los rebeldes está combinado con el de otras tribus de la colonia del Cabo de Buena Esperanza, que á su vez se han levantado en armas contra la dominación inglesa.

Esto podrá ser nada; pero revela que los indígenas de las colonias van aprendiendo el arte de obedecer que se estila entre sus dominadores.

Gracias al Señor, que sabe sacar fruto de la tierra más estéril, el último hijo de Garibaldi, Manlio, á quien su padre privó de toda educación religiosa y hasta del bautismo, acaba de recibir las aguas regeneradoras en la iglesia parroquial de San Pedro y San Pablo en Turín.

Quiera Dios que el hijo repare los escándalos que van vinculados á su apellido.

El Congreso católico de obreros que se celebraba en Angers, acaba de cerrar sus sesiones el domingo último. Por la mañana á las nueve, tuvo lugar una primera reunión bajo la presidencia de M. de Mun. Monseñor Freppel también asistió acompañado de otros miembros de la derecha del Parlamento. La reunión discutió la cuestión del descanso dominical considerado bajo el punto de vista económico y religioso, como un derecho y una necesidad del obrero, y como el cumplimiento de un deber religioso.

Al medio día hubo un banquete al que asistieron 500 convidados. La sesión de clausura se celebró por la noche á las ocho. Después de una breve alocución del Obispo de Angers, M. Mun tomó la palabra. El orador explicó cuál era el fin de la Obra de los círculos católicos obreros, que, según él, no era otro sino el de establecer casas de socorro para los trabajadores, y en cierta manera tiendas cristianas. El fin nacional de los círculos, era el establecimiento del orden social cristiano.

En España existen algunos; pero se nos figura que no tienen todo el desarrollo que debía apetecerse de constitución tan sana y fecunda.

El Gobierno francés ha aprobado el proyecto de profundizar y ensanchar el Sena. Al efecto acaba de comunicar á los departamentos ó provincias de Amberes y á la de Brabante su propósito de publicar un proyecto de ley autorizando la adjudicación pública de la primera parte de los trabajos, y fijando la parte de intervención de las dos provincias en los gastos que han de originarse.

Un buen pensamiento va á ejecutarse en la futura exposición de Bruselas. Consiste en el establecimiento de un pabellón llamado *Pabellón de León XIII*, y el cual estará destinado á contener todo lo referente á asuntos eclesiásticos, historia papal y culto católico, exclusivamente, á cuyo efecto se nombrará una Junta de admisión, presidida probablemente por el Obispo, que llevará á cabo su cometido.

Es una idea nueva que debe imitarse.

Según cuentan los periódicos de Milán, ya se ha nombrado el Jurado que ha de examinar los proyectos que se presenten al concurso internacional abierto para la construcción de una nueva fachada de la catedral de Milán. Lo forman el marqués Visconti, presidente; el sacerdote Cerudi, el pintor Bertani, los arquitectos Franco Boito, Clericetti, Schmidt, De Dartin y Watenhoure, estos tres últimos austriacos, francés é inglés respectivamente; el historiador Cantú y el ingeniero Brioschi.

Los cuatro miembros que faltan para completar el Jurado serán designados en su día por los aspirantes al concurso.

Bien merece la maravillosa catedral de Milán una fachada de su propio estilo, que no repugne como la actual á los amantes de la arquitectura gótica.

Vamos á terminar esta Crónica con el relato de una fiesta originalísima que acaba de verificarse en Puerto Said.

Los franciscanos de Tierra Santa han concebido el propósito de convertir en un buen templo la parroquia provisional que al inaugurarse las obras del canal de Suez se alzó en ésta su puerta mediterránea.

La ceremonia de colocar la primera piedra se verificó el 17 del pasado Octubre. Toda la superficie que ha de ocupar el nuevo templo estaba adornada con banderas extranjeras, y atestada de gente, alzándose en el centro el estandarte de los Santos Lugares, rodeado de escudos que ostentaban las iniciales R. F. de la República francesa, como nación protectora de las misiones católicas en el Oriente.

A esta solemnidad religiosa fueron invitadas las autoridades locales, los cónsules de las naciones católicas, los jefes del canal y varias familias distinguidas, acudiendo además todo un pueblo que profesa diferentes ideas religiosas.

El Rvdmo. Padre Custodio, que exprofeso vino de Jerusalén para colocar la primera piedra del gran edificio, estaba en la ceremonia rodeado de doce

franciscanos, dos sacerdotes griego-católicos y el cura armenio.

En el centro del estrado de honor se hallaban el cónsul de Francia y su canciller, de uniforme y ostentando sus condecoraciones; el subgobernador, en representación del gobernador general ausente, el cónsul de Italia y su canciller; el canciller austriaco, en representación del cónsul ausente; varias damas, los jefes del canal, etc., etc.

La música militar egipcia ocupó el ala izquierda, y la derecha unas cien huérfanas del Hospicio acompañadas de algunas monjas.

El conjunto que ofrecía esa solemnidad católica al aire libre, en un país musulmán, era original en extremo; en el gran corro llamaron sobre todo la atención los turbantes blancos de los musulmanes con los vestidos de los días festivos, notando en el brillo de los ojos á más de un sudanés y varios nubios. Si á éstos se agregan los individuos pertenecientes á casi todas las potencias europeas, á los griegos católicos y cismáticos, armenios, maronitas, coftas y protestantes, se tendrá exacta idea de la sociedad cosmopolita que rodeaba al ilustre Custodio de la Tierra Santa, que tiene ganada la fama de bondadoso, trabajador y justo, persona de esmerada educación, y muy ilustrada, timbres preciosísimos para cumplir su delicada tarea.

El secretario del Reverendísimo leyó en alta voz desde una pila de piedra en forma de pirámide el acta de la ceremonia, siendo firmada en el acto por el Custodio, el Párroco, cónsules y cancilleres de Francia, Italia y Austria, el subgobernador, y varios personajes.

Ese documento fué encerrado en una cajita de cristal con monedas de oro pertenecientes á las naciones latinas, agregando una del Papa Pío IX y otra de la potencia territorial. El cónsul de Francia entregó una de 20 francos con la efigie de la República, y el cónsul español una pieza de 25 pesetas de D. Alfonso.

La semilla evangélica sigue difundándose sobre la haz de la tierra, á despecho de la impiedad y para salud de los hombres.

## CARTA DE ROMA

Roma 30 de Octubre de 1886.



SIGUE amontonando disgustos para la Iglesia lo que se ha dado en llamar el *anticlericalismo*, y no es más que una injustificada recrudescencia de hostilidades contra la Religión católica por parte del Gobierno italiano y sus cómplices. Los que tienen el triste privilegio de dirigir esa nueva campaña se han forjado, para su uso y consumo, una nueva distinción entre clericales y católicos, intentando con esto persuadir á la opinión pública que su plan nada entraña de ofensivo para los *católicos*, y sólo mira á poner coto á las extralimitaciones de los *clericales*; pero tan insubsistente es la indicada distinción entre católicos y clericales como gratuita é infundadamente se achacan á éstos aspiraciones antipatrióticas; de donde resulta que la presente agitación *anticlerical* no obedece en realidad sino á un plan de guerra contra el *catolicismo*, aunque otra cosa se quiera dar á entender. Basta, en efecto, recordar que en los recientes *meetings* de Bergamo y de Tívoli, de Viterbo y de Nápoles, lejos de denunciar ningún crimen ó delito de los clericales, los demócratas y liberales de aquí mostraron su odio y rencor contra los mejores católicos, y en cierta ocasión llegó un ministro del titulado reino de Italia á decir que el enemigo de ésta vive en el Vaticano; para vengarse de los llamados *clericales*, en Padua quemaron un retrato del Padre Santo, y en Mantua hicieron pedazos la estatua de San Silvestre Papa, tirándola luego al río. Harto claro se ve que la agitación actual tiene un fin anticatólico, pues tanto se enfurece y ensaña contra el Jefe augustísimo de la Iglesia católica. Recientemente parecía haber tomado una nueva fase, y era la de perseguir los monasterios y á las religiosas; por el Ministerio de Gracia y Justicia se han circularado nuevas instrucciones á los gobernadores de provincias, mandándoles echar á la calle, si no consienten salir espontáneamente en término de diez días, á todas las religiosas que hubieren tomado el hábito y profesado en algún monasterio después de la infausta ley con que se han suprimido, desde el 1866, las corporaciones religiosas. La referida circular, por una parte representa la tiranía más odiosa, y por otra raya hasta en el ridículo; no se contenta con amenazar la excomunión violenta, por manos de soldados y guardias civiles, á las monjas que no se apresuren á salir del monasterio en el



plazo de diez días, sino que hasta se mete en señalar el número de las inservientes que puedan seguir al servicio de las monjas, prohibiendo, por supuesto, que en los monasterios puedan vivir señoras de piso, y, lo que es aún más ridículo, da por anulados anticipadamente los votos que emitan dichas sirvientas, y por último, señala el traje que han de vestir. Tanta arbitrariedad y ridiculez reboza la citada circular, que hasta entre los liberales hubo periódicos que la criticaron, y quizá sea debido á las censuras de los compañeros el que hoy se venga anunciando una modificación, por la cual se alarga á treinta el plazo de los diez días, y hay quien supone se prepare el camino para dejar sin efecto la desdichada circular durante el mes de prórroga. Con todo, y aun prescindiendo de que en varios puntos de Italia ya se ha cumplimentado la circular con todo su rigor draconiano, no deja de aparecer muy manifiesta la intención de un Gobierno que se atreve á dictar disposiciones de esa clase; y, por si quedara la menor duda respecto al fin último de la moderna agitación anticlerical, se encargaría de desvanecerla el rumor que ha cundido por medio de la prensa teniendo algún viso de probabilidad, y es que, en cuanto reanude sus tareas el Parlamento italiano, se pondrá á discusión la ley de las garantías ofrecidas al Papa, inclinándose algunos prohombres políticos á la opinión de que conviene abrogarlas.

Por si se extreman tanto las cosas, ya no habrá quien no reconozca lo justificado de las quejas que emite á menudo Su Santidad respecto á su actual situación en Roma; pero el hecho mismo de que ya se empiece á agitar la cuestión de si conviene ó no abrogar la ley de las pretendidas garantías, convence á quien de propósito no cierra los ojos á la verdad, que luego miente y engaña ahora la prensa oficiosa cuando se empeña en demostrar que con las garantías está á salvo la libertad é independencia del Sumo Pontífice; necesita éste una libertad intrínseca y constante, pero no es libre quien está á merced de sus mismos adversarios, que ahora ponen, ahora quitan la ley que ha de garantizarle en su independencia. No sé cuál impresión causen en España las tristes noticias que he venido condensando en esta carta por deber de cronista; doy por supuesto que aflijan, como no pueden menos, á los buenos católicos, pero no sé si algunos de ellos caerán en la cuenta de que la gravedad de las cosas debe haber puesto otra vez sobre el tapete la cuestión de la salida del Papa de Roma; por aquí se cree comúnmente que la cuestión se está agitando, habiéndola el Papa sometido al examen de una comisión de Cardenales. Como es natural, en los varios círculos católico-políticos se manifiestan distintas tendencias, pues, aunque todos convengan en que la situación del Papa en Roma se hace cada vez más insostenible, opinan unos que si el Papa sale de Roma sufrirán aún más los intereses religiosos en Italia, no consiguiendo el apoyo de ninguna nación ó potencia para acelerar la vuelta á su casa, mientras otros confían en que la resolución extrema de Su Santidad despertaría al mundo católico, é interesándose éste por el Papa, llegaríase, en fin, á asegurarle el ejercicio libre é independiente de su altísimo ministerio. Repito que nada puede decirse sobre el particular con carácter definitivo y autorizado, pero los indicios de que en Roma estamos preocupados con la cuestión de la marcha del Papa, me parece que ya constituyen de suyo una gran noticia. Además, con ella se explican otras cosas también, pues la celebración del consistorio en que serán Cardenales los Nuncios, depende de ella; los preparativos para las fiestas de canonización y beatificación que habrían de celebrarse en ocasión del jubileo sacerdotal del Papa, dependen de ella; y de ella depende también el curso más ó menos activo que han de tener los demás asuntos, entre los cuales ahora figura como principal el examen de las bases de la definitiva abrogación de las leyes de Mayo en Prusia.

J. M.

## LOS GRABADOS

ILMO. Y RDMO. SR. D. FR. MARTÍN GARCÍA, NUEVO OBISPO DE CEBÚ.

En la interesantísima *Revista franciscana* que se publica en Manila leemos la siguiente biografía del nuevo Obispo de Cebú, que expresa á maravilla cuanto nosotros sabemos y pudiéramos decir de él:

“El muy Rdo. P. Fr. Martín García nació en un pueblecito de la Alcarria, que tiene por nombre Albalate de Zurita, de padres labradores, honestamente acomodados y cristianamente bendecidos con mil gracias de lo Alto, entre las que se cuenta el haber recibido el hijo que hoy ocupa nuestra atención. Vió la luz primera el día 11 de Noviembre de 1842, día en que la Iglesia conmemora las glorias de

aquel grande y santo Obispo turonense, que dió nombre á nuestro P. Martín y con el cual ha tenido singulares rasgos de semejanza, pues San Martín Obispo fué primero monje, y presidió á religiosos, como nuestro P. Martín ha gobernado algunos años distintas comunidades. Y es que los monasterios fueron siempre escuelas en que se formaron los hombres eminentes que necesitó y utilizó el Estado lo mismo que la Santa Sede para bien de los pueblos, esplendor de las ciencias y de las artes y mejora de las costumbres.

Como San Martín fué discípulo de otro Obispo, San Hilario Pictaviense, nuestro P. Martín lo fué de un venerable Prelado de España, franciscano é hijo del mismo colegio de Pastrana. Aquí vistió el sayal franciscano el P. Martín y estudió filosofía hasta el año de 1863 en que se trasladó á Filipinas, donde terminó sus estudios. Desde muy joven fué dedicado al púlpito como predicador general y pronto alcanzó fama de orador distinguido y edificante. Fué segundo vicario en el monasterio de Santa Clara y luego maestro de novicios en el convento de Pastrana. Al volver á España para desempeñar este cargo en 1870 frisaba nuestro P. Martín con los 28 años y era un hombre maduro, como lo prueba el delicado destino que le confirió su Orden. Desde esta fecha continuó en Pastrana, de cuyo convento fué Rector hasta su promoción al episcopado.

El muy Rdo. P. Fr. Martín García con su prodigiosa memoria, con su carácter pacífico y bondadoso, su magnánimo corazón, sus maneras conciliadoras y dignas, su grande y jamás desmentida modestia, llenará en Cebú el hueco que abriera la muerte del venerable Sr. D. Fr. Benito de Madrides, quien electo y consagrado en una veneranda ancianidad, sólo pudo dejar memoria de sus virtudes, santos ejemplos, rectitud de corazón, candidez de alma y otros mil recuerdos de santidad; porque toda la energía de su vida habíase agotado en los múltiples trabajos de Párroco y Prelado provincial en el transcurso de medio siglo.

Al aparecer en Cebú el P. Martín, al dejarse ver de su diócesis y de su clero, será la prueba más convincente de que no podía esperarse mejor epalme y engranaje entre un prelado anciano que perdió y pasó á mejor vida llena de merecimientos, y un joven que empieza la vida pastoral con más méritos que los suficientes para esperar de él que la prosiga con satisfacción cumplida de la Santa Sede y del Gobierno de España.

Vamos á poner término á nuestros datos biográficos para no pecar ni de difusos, ni menos de inexactos, con el fin sólo de anticipar algún concepto absolutamente verídico para Filipinas y para Cebú: el P. Fr. Martín García es todo un orador sagrado y cristiano, es un hombre de mucha representación y peso en el trato social, abunda en letras en cuanto atañe á su dignidad y ministerio y posee en ciencias y artes liberales cuanto adorna siempre en hombres de su carrera y posición.

Es celoso y discretísimo, prudente y acertado en consejos; en resoluciones nada violento; en sufrir ejemplarísimo; en hablar, reposado y comedido; en sus discursos y gobierno siempre encaminado á buscar el esplendor de la verdad, la virtud y el orden; nunca se ocupó de sí mismo; es todo para todos; en resumen reúne cuantas prendas pueden pedirse en un Prelado.

El Ilmo. P. Martín ha salido por el último correo de Filipinas á tomar posesión de su silla. Dios le conceda buen viaje y largos años de feliz apostolado.

## VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DE MONTECASINO EN ITALIA.

El monasterio de Montecassino, cuna de la Orden benedictina y plantel de las ciencias y de las artes, se halla situada á orillas del Melfa, en una altura deliciosa, desde donde se contemplan los pintorescos valles que serpentean entre los agrestes Apeninos del Abruzzo, hasta que se extienden por la fértil Campania. A este lugar de mercado *forum casinum*, fué donde se retiraron, perseguidos por la envidia, San Benito y sus compañeros Plácido y Mauro en 528. Allí, sobre el emplazamiento del templo de Apolo se elevó el monasterio, que llega á ser muy pronto lugar concurridísimo de nuevos monjes y devotos.

Aquí escribió San Benito su célebre *Regla monástica*, legislación nueva en los anales del mundo, de la que nacieron todas las demás, por que se rigieron los monjes de los siglos medios.

El monasterio tenía y aun conserva en algunas partes el aspecto de fortaleza, tan común luego en todos los de la Edad Media. La extensión de las posesiones, atestiguada por los títulos escritos en los restos de antigüedad allí reunidos de todas partes; la espléndidez del edificio, adornado de lo más excelente que producen el pincel y el buril; la memoria de los sabios que en los siglos más oscuros encontraron en él refugio, y la abundante colección de documentos y libros que atesora, se unen y armonizan de modo admirable con la primitiva humildad de la celda del Santo y con el pobre sepulcro donde durmió hasta que la furia sarracena turbó sus huesos; y el que sube á visitar este convento, entre admirado y devoto, puede leer en él toda la historia de la Orden, la cual señala en gran parte los pasos de la civilización europea.

EL MARQUÉS DE LOMBAY RECONOCIENDO EL CADÁVER DE LA EMPERATRIZ ISABEL EN LA CAPILLA REAL DE GRANADA.

He aquí los términos en que refiere el P. Croisset el asunto de este cuadro. Trata de la vida del duque de Gandía, que veneramos en los altares con el nombre de San Francisco de Borja, y dice: “Pero lo que más le inflamó y le hizo romper las cadenas del siglo, fué la muerte de la emperatriz doña Isabel, su Señora, que sucedió en Toledo, el primer día de Mayo de 1539, estando el Emperador en Cortes de todos los grandes señores de Castilla, con extraordinarias fiestas y regocijos.

“Mandó el Emperador á los marqueses de Lombay que llevasen el cuerpo de la Emperatriz á Granada, donde se había de enterrar en la capilla Real de los Reyes Católicos. Hicieron aquella jornada con grande acompañamiento, y llegados á Granada al tiempo que, para hacer la entrega, se abrió la caja de plomo en que iba el cuerpo de la Emperatriz, se descubrió su rostro tan feo y tan desfigurado, que ponía horror á los que le miraban; y de los que la habían conocido, no había ninguno que pudiese afirmar que aquella era la cara de la Emperatriz; antes el Marqués, no pudiendo jurar sin duda que aquel era el cuerpo de la Emperatriz, juró que según la diligencia y cuidado con que se había traído aquel cuerpo, tenía por cierto que era el cuerpo de la Emperatriz. Pero esta vista y este espectáculo tan lastimoso y de mal olor, dió un vuelco tan extraño al corazón del Marqués, que lo trocó como de muerte á vida; é hizo en él más maravillosa mudanza que la misma muerte había hecho en el cuerpo de la Emperatriz, porque le penetró una soberana y divina luz que le dió á conocer la vanidad de todas las cosas de la tierra, con un aborrecimiento y menosprecio de todas ellas, y un vivo y eficaz deseo de las celestiales y eternas, y pidiendo favor al Señor decía: “Dadme, Señor mío, dadme, Dios mío, vuestra luz, dadme vuestro espíritu, dadme vuestra mano, y sacadme de este atolladero y de este abismo en que estoy sumido, que si vos me lo dais, yo os ofrezco de no servir más á señor que se me pueda morir. “Y hablando consigo mismo, decía: “Harto nos habemos servido á los príncipes de la tierra; harto habemos dado á la mocedad y á la libertad; tiempo es ya de acogernos al sagrado y de aparejarnos para la cuenta que con rigor se nos tomará de todos los momentos de la vida. “Y muchas veces repetía: “Nunca más, nunca más servir á señor que se me pueda morir. “De este toque tan fuerte del Señor, sacó el Marqués una resolución muy firme de escabullirse lo más pronto que pudiese y retirarse á su casa para servir á Dios con más seguridad y quietud, y si alcanzase de días á la Marquesa de hacerse esclavo de Cristo, abrazándose con la desnudez é ignominia de la santa Cruz, y teniendo edad y salud para poderlo cumplir, de entrar en alguna religión, y á esto se obligó con voto, siendo á la sazón de 29 años.

En efecto, el Duque llegó á ser más tarde tercer prepósito general de la Compañía de Jesús.

MR. FERNANDO DE LEPSSEPS, CÉLEBRE INICIADOR Y DIRECTOR DE LOS CANALES DE SUEZ Y PANAMÁ.

Este hombre verdaderamente extraordinario nació en París el año de 1812, de modo que frisa ya con los 74 años. Dedicado á la carrera del comercio, comenzó desde muy niño á viajar y visitó las principales ciudades mercantiles de Europa, incluso las de nuestro país, en el cual contrajo matrimonio.

Pero la celebridad de Mr. Lepsseps data de 1859, en cuyo año, al frente de cincuenta mil hombres, empezó los trabajos del canal de Suez, que terminó felizmente diez años después, habiéndose celebrado la inauguración el 19 de Noviembre de 1869, en cuyo día desfilaron ante la emperatriz Eugenia y representantes de todas las naciones ochenta navíos desde el Mediterráneo al mar Rojo.

Parecía que la actividad de este hombre debía haberse agotado con empresa tan gigantesca; pero al contrario, aun no terminado Suez, concibió el plan de perforar el Panamá, y como quien no conoce los obstáculos, se le vió desde entonces embargado con este proyecto, que puso en ejecución dos años más tarde.

Nuestros lectores saben de Panamá cuanto hay que saber por ahora; réstanos añadir que si á los 50 años iba y venía Mr. Lepsseps á Egipto como quien da un paseo de recreo, ahora casi octogenario va y viene de París á Panamá con la misma energía y actividad incansables.

## RECUERDOS

DE SANTA MARIA DE VERUELA

### II

ARQUITECTURA MONÁSTICA.



UZO muy posible que el estudio de la arquitectura monástica pueda parecer entre nosotros, donde todavía no ha cesado el afán de pulverizarla, tarea caprichosa de gente mal entretenida, que disputando á lagartos y murciélagos sus guaridas, gozase en pisar escombros y en cubrirse de polvo y telarañas para indagar cómo vivían los frailes y cuántas y cuán diversas comodidades disfrutaban. Este juicio no me asusta, porque sé muy bien que la ciega ignorancia, más que la pasión política, ha cubierto á España de ruinas, despreciando los monumentos artísticos en que estaba escrita la historia de nuestra civilización, y en los cuales se ha cebado, con ansia devoradora, la codicia de los extranjeros, los cuales, hace tiempo que estudian con afán los preciosos restos de la arquitectura monacal de la Edad Media, tesoro abundantísimo y casi inagotable de datos y testimonios para la historia general de Europa, donde las ciencias y las artes tienen mucho que aprender, aun en aquellas cosas que tocan más de cerca á la vida, usos y costumbres de la sociedad civil y profana.



Fueron los antiguos monjes algo más que solitarios ascetas, consagrados al estudio de los libros eclesiásticos, a la oración y a la penitencia; por su mucho saber y su virtud heroica fueron los civilizadores de Europa, los maestros de todas las ciencias y de todas las artes en aquellos tiempos revueltos y calamitosos de las invasiones bárbaras y de las guerras feudales, los que crearon ó renovaron la cultura europea en todos los ramos de la vida social. Por esto, sus casas, construidas conforme á las necesidades de la comunidad empleada en tales trabajos, son algo más que la arquitectura aplicada á las grandes aglomeraciones de hombres que viven en común; son la representación fiel y genuina de la arquitectura civil de la Edad Media, ó más bien, el modelo de las construcciones civiles de aquel tiempo, seguido con exactitud por los pueblos en sus edificios públicos, en sus palacios y hasta en sus casas particulares.

Los monjes, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, que había adoptado para sus templos el plan de la basílica romana, adoptaron para sus monasterios el de la casa patricia, acomodándolo luego á sus necesidades, como la Iglesia había hecho con la antigua basílica pagana. Así se observa en los monasterios de la Edad Media un primer patio ó claustro, muchas veces llamado la *hospedería*, que corresponde fielmente al antiguo *atrium* de las casas romanas, es decir, á la parte pública de la casa patricia, donde el señor recibía á sus clientes. Del *atrium* se pasaba al *peristylum*, ó sea al claustro interior, reservado exclusivamente á la vida doméstica de los señores, que en los antiguos monasterios solía llevar el nombre de *claustro reglar ó procesional*, por ser el destinado al uso exclusivo de los monjes.

Como las casas romanas no tenían más que un piso, al rededor del *atrium* y del *peristylum* estaban distribuidas las habitaciones de uso doméstico, como la *basílica*, la *biblioteca*, el *comedor* y las dependencias de los criados. Los monjes siguieron también en esto á su modelo, pero como su vida era muy diferente de la de los patricios gentiles, introdujeron en esta distribución modificaciones importantes, que respondiesen fielmente á la regla monástica.

Levantaron la iglesia con la orientación que era costumbre en la Edad Media, paralela á una de las galerías del patio interior, de modo que el frente de otra galería diese paso al templo por una puerta que solía coincidir con la primera arcada de las naves á partir del crucero. En la galería opuesta á la de la iglesia colocaron el refectorio, unas veces paralelo á la galería, y por lo tanto al templo, otras formando línea vertical sobre el muro del claustro, como sucede en Veruela. Entre la iglesia y el refectorio, en el centro de la galería que corresponde al Este, abrieron la sala capitular, á la cual se entraba por una puerta abierta entre dos ó cuatro ventanas, que tenían por objeto poner la sala en comunicación con la galería del claustro. Por último, el dormitorio se colocó al lado ó encima de la sala capitular, que por su posición en la galería del Este lindaba con el crucero de la iglesia, facilitando así á los monjes el acceso al coro en los oficios de la noche. De las otras dependencias del monasterio no hay que hablar, puesto que solían carecer, aunque no siempre, de importancia artística.

Este plan de los antiguos monasterios fué tan general en la Edad Media, que apenas se encuentra ninguno que no lo siga, salvo aquellas modificaciones que la distinta regla ó las condiciones topográficas ó climatológicas de los diferentes lugares hacían necesarias. Por eso el arte, sometido á un plan uniforme, desplegó su rica fantasía en los adornos, embelleciendo con cuadros, estatuas y relieves, claustros, refectorios y capítulos, hasta convertir la casa de oración en museos de sus obras peregrinas y bellas. El principio atribuido á San Agustín, aunque no siempre cierto en el orden intelectual, *in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas*, llegó á constituir un precepto para el arte. Uniformidad en el plan general que respondía á las necesidades comunes de los monjes; libertad en la ornamentación y en los accesorios que para nada se rozaban con la regla; belleza y majestad en todo para que cada monasterio fuese un trasunto en la tierra de la Jerusalén celestial, construida de piedras preciosas y habitada por justos.

Dije antes que los monasterios, así construídos, fueron el modelo de las construcciones civiles de la Edad Media, y en efecto, de las sagradas ceremonias de los templos descendió el arte á satisfacer las necesidades más materiales, por decirlo así, de los conventos, y la arquitectura tuvo que acomodarse á exigencias más prácticas para los usos de la vida y para las atenciones de la agricultura y de la industria, en que los monjes eran los únicos maestros en Europa. El arquitecto bizantino ó gótico aplicó á las galerías de los claustros, á las salas capitulares, á

los refectorios y aun á los graneros y bodegas de los monasterios, las enseñanzas que había adquirido en la construcción de los templos, y vieron surgir á maravilla obras artísticas de inestimable precio en los recintos de los conventos y abadías, no sólo para embellecimiento de estas casas religiosas sino para utilidad y servicio de la agricultura y de la industria. M. Chavin de Mallán publicó hace algunos años una *Memoria sobre la agricultura en las abadías*, llena de curiosísimos datos sobre la importancia de la arquitectura monacal aplicada á las grandes explotaciones agrícolas, y muchos monasterios de Francia se han convertido en magníficas casas de labor con sólo restaurar las obras de los monjes.

No es, pues, de extrañar que la arquitectura civil de la Edad Media se amoldase á la empleada en los conventos; los reyes y magnates tomaron para sus palacios el plan casi completo de los claustros, sobre todo el peristilo y sus grandes salones embovedados; los municipios adoptaron para sus establecimientos comunales un plan semejante, imitando en salas y galerías los usados por los monjes; y hasta los pobres introdujeron en sus casas las invenciones que aprendían en los claustros de los monasterios, dando á las poblaciones el carácter artístico que han conservado hasta nosotros.

Hora es ya, si no he de fatigar la atención de los lectores, de aplicar todas estas noticias generales al monasterio de Veruela, construído por los años de 1145 á 1171 y modificado después por las innovaciones sucesivas del arte, que ha impreso allí el sello de todas sus épocas. El plan primitivo ha sufrido pocas variaciones, de modo que el arte bizantino y el gótico comparten, como buenos hermanos, los monumentos de Veruela.

En el *atrium ó area major abbatiae* no hay que buscar hoy ninguna obra de mérito: el siglo pasado convirtió en edificios vulgares los que fueron tal vez monumentos artísticos, y el siglo presente, siguiendo esta ley de progreso, ha convertido en ruinas y en establos las obras de su digno predecesor. Para dar con lo antiguo hay que penetrar en el claustro gótico, el cual ofrece al viajero, casi intactos, los rasgos de su fisonomía secular. Este claustro está dispuesto conforme el plan general de los monasterios cistercienses, que es el mismo que antes dejo detallado: la iglesia corre paralela á la galería S. en dirección á Oriente; el refectorio se abre por lo tanto en la galería contraria, es decir, en la del N., y no paralela con ella, sino formando línea vertical en dirección de S. á N.; la sala capitular ocupa también el lugar que le corresponde en la galería del E.; el dormitorio debió ser lo que hoy se llama Salón de los Reyes, encima de la sala capitular y contiguo á la iglesia; las demás oficinas del convento estarían distribuidas en los espaciosos ámbitos de las galerías, donde todavía subsisten algunas.

Este debió ser el monasterio de Veruela hasta el siglo XVI, en que comenzó á ensancharse, ampliando el edificio por el Este con un nuevo y anchurísimo patio, al rededor del cual se construyeron las celdas de los monjes. Este cuerpo del convento, así como el palacio del abad, construído en la misma época en el atrio de la iglesia, son edificios de ladrillo, muy desahogados y sólidos, pero sin ninguna importancia artística. En la descripción que haré del monasterio prescindiré, por consiguiente, de estos edificios, concretándome á la iglesia, al claustro profesional, sala capitular y salones de refectorio y de los Reyes, en que está condensada la vida artística de Veruela.

No teman mis lectores que en estas descripciones entristezca su ánimo con cuadros de profanaciones y de ruinas; la Providencia ha que querido salvar este monasterio de la catástrofe general de los monumentos cristianos, y subsisten hoy todas sus obras tan cabales y completas como salieran de las manos de los artífices. Por esto el corazón se recrea y entusiasma á la vista de tales monumentos, que nos confirman en la fe, con los testimonios del arte.

M. PÉREZ VILLAMIL.

## EL BASCUECE EN ALEMANIA



UEVAMENTE se nos ofrece motivo de íntima satisfacción á todos cuantos nos afanamos por la conservación y propagación de nuestro venerando idioma eúskaro, al contemplar cómo cunde la afición á su estudio en las cultas naciones de Europa, en que las disquisiciones profundas ocupan la atención y el tiempo que en España se malbarata en el insano y estéril pugilato de las pasiones políticas.

1 De la *Euskal-Erria*.

Ya, en una ocasión memorable, resonó en Madrid la voz de una Asamblea ilustre de sabios, procedentes de todos los pueblos del orbe civilizado, que reivindicaba en pro de España una gloria que ninguna otra nación debiera disputarle; pero bien pronto se extinguió en el espacio el eco de aquella autorizadísima protesta, sofocada por el estruendoso rumor de los conflictos bizantinos que, aquí constituyen las fases todas de la vida pública. Y el Congreso de americanistas se disolvió, sin que llegara á encarnar en una institución el importantísimo acuerdo provocado por el eximio jesuita P. Fita, sobre creación de una cátedra de bascuence en la Universidad Central.

Como contraste á esta punible indiferencia de la nación que mayor interés tiene en investigar los problemas relacionados con la existencia de nuestra antiquísima lengua bascongada, vemos aparecer en estos mismos momentos, una sociedad de filólogos prusianos, en Berlín, proponiéndose el estudio de las variedades dialectales del bascuence, su literatura, las tradiciones, los usos y costumbres de los bascongados, con el fin de resolver el problema del iberismo.

Fundado este Centro científico bajo los auspicios y por la iniciativa de los Sres. Karl Hahnemann y Sr. Tch. Linschmann, cuenta, en calidad de socios honorarios, al príncipe Luis Luciano Bonaparte, en Londres, y al profesor Doctor Mahnin Stiglitz, autor del célebre *Monumento de la lengua bascongada*. Berlín 1857, que va á reimprimirse ahora.

Entre los miembros constituyentes, figuran el señor D. Rodolfo Sprenger, cónsul del Imperio alemán en San Sebastián, el Sr. Stempf, de Burdeos, el Sr. W. Teath von Eys, de San Remo, el profesor Grunn, el bibliotecario Dr. Brambach, de Carlsruhe, el Vicario general de la diócesis de Bayona, Mr. Inchauspe, Mr. Vinson, profesor de la Sociedad de orientistas de París, D. Arturo Campión, de Pamplona, el Sr. Sánchez Calvo, de Avilés, y el Sr. August Thomas Rud, de Viena.

El *Consistorio de Juegos florales eúskaros*, que tenemos instituido en esta ciudad de San Sebastián, ha establecido, desde el primer día, relaciones oficiales y amistosas con aquella Asociación germánica, á la cual presta todos cuantos antecedentes y noticias posee en su archivo, para coadyuvar á la realización de sus fines sociales, y se propone cambiar su órgano de publicidad, ó sea esta revista *Euskal-Erria* con la que, bajo el título de *Eúskara*, trata de dar á luz la de la capital prusiana.

Nosotros saludamos con júbilo la creación de esa Asociación berlinesa.

Su aparición viene á sancionar la existencia del Consistorio que fundamos en esta ciudad, bajo la protección de la Diputación provincial y del Ayuntamiento, porque ella se encamina á los propios fines que nosotros buscamos, y quiere despejar una incógnita, que tenemos ya hallada, el iberismo.

No nos agitamos en el vacío; ni es una vana é inútil faena la que nos embarga á todos cuantos en uno ú otro sentido, en esta ó aquella forma, anhelamos con ansia viva el mantenimiento y la perpetuación del signo más característico de nuestra nacionalidad, el rasgo típico y esencial de nuestra etnografía.

¡Qué de interesantes cuestiones se resuelven con esta clave eúskara!

¿Quiénes fueron los primeros pobladores de España?

¿De dónde vinieron?

¿Quedan restos de estas razas primitivas?

¿Dónde se hallan?

Nosotros somos los descendientes de aquellos iberos que habitaron, antes que ningún otro ser humano, la Península.

No tenemos más que remitirnos, por lo que hace á obras españolas, al discurso de ingreso del P. Fita en la Academia de la Historia, y al «Genio de Nabarra», de D. Arturo Campión, para afirmarlo categóricamente, pues sólo por incidencia hemos tocado este punto que no tenemos por qué dilucidar en esta ocasión.

Pero abrigamos la convicción firmísima de que la naciente Asociación, de que nos ocupamos, coincidirá en las mismas conclusiones que han proclamado los dos insignes literatos, viniendo á confirmar la opinión de sus compatriotas G. Humboldt y Kiepert, el último de los cuales publicó sus trabajos sobre etnografía eúskara en las Actas de la Academia de ciencias, de Berlín, concordantes en lo sustancial con la *Numismática iberica*, de Bondard.

¡Ojalá que el nobilísimo ejemplo de esa pléyade de euskarólogos extranjeros haga arrancar de su estado de marasmo á tantos indiferentes españoles, cuyo privilegiado ingenio pudiera aportar al acervo común de la ciencia valiosos y abundantes elementos!

Entonces exclamaríamos: *Noiz nai san denbora*.



## PROYECTO DE ESTATUTOS

Los que suscriben, después de haber publicado en diferentes periódicos un llamamiento para la fundación de una «Sociedad Basca», y haber recibido diversas manifestaciones de adhesión de varios sabios de Alemania, Francia y España, se han reunido con objeto de constituir esta Asociación, y para ello han establecido desde luego los siguientes estatutos. — Theodoro Linschmann. — Karl Hahnemann.

*Constitución.*

La Sociedad se constituye bajo el título de «Asociación Basca» desde el 1.º de Abril de 1886, y el domicilio de la misma está en Berlín.

*Objeto y fines de la misma.*

Como objeto y fin de la sociedad Basca puede considerarse principalmente el fomento y el interés de los dialectos principales de los bascos y la propagación del estudio de los mismos; el procurar el mayor número de afectos é investigadores sobre el estudio de la literatura, las tradiciones, los usos y costumbres, la historia, etc., de los bascongados, para resolver de este modo el problema ibérico así como para dar á conocer y obtener todos los datos y noticias de las publicaciones que aparezcan sobre este particular.

*Socios.*

Para ser socio de la «Asociación Basca», se re-

quiere pagar una cuota mínima de 10 marcos al año sin que por esto se entienda que se pone límite alguno á la generosidad de cada uno de los socios. Por este medio tendrán los socios, en cuanto se reúnan los fondos suficientes para ello, un órgano de la Asociación.

La cuota se pagará por trimestres por fracciones de lo menos 2,5 marcos, ó mejor por adelantado para todo el año, remitiéndola al cajero de la Sociedad, franco de porte.

Los 15 primeros socios llevarán el nombre de socios fundadores de la Asociación.

*Empleados de la Asociación.*

Los empleados de la Asociación, que no recibirán honorario alguno por su trabajo, son: 1.º El Pre-



VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DE MONTECASINO EN ITALIA.

sidente, que se encargará al mismo tiempo de la redacción del órgano de la Asociación. 2.º El Cajero; y 3.º El Secretario. El primero es H. Karl Hahnemann (Berlín, O. Halsmanstrasse, 41); el 2.º y 3.º H. Theodor Linschmann (Leustadt, cerca de Weimar), por sus nombramientos valederos desde 1.º de Abril de 1886 á 1.º de Abril de 1887. Trascurrido este tiempo, los socios nombrarán por elección otro nuevo Presidente. La elección se hará entonces para un período de dos años, si un número cuando menos igual al tercio de los socios, opina por una nueva elección. Los socios honorarios tendrán también voto, y en el caso de que no hubiese la tercera parte de socios que pidan una nueva elección, los actuales individuos nombrados continuarán desempeñando sus cargos.

Cuando se proceda á la elección de los individuos de la Comisión directiva, si la votación no recae sobre el Presidente, éste tiene derecho á votar. Para la elección del Presidente tienen voto todos los demás individuos de la Comisión directiva.

*Obligaciones de la Comisión directiva.*

El Presidente deberá redactar las Memorias de la Asociación, convocar cuando lo crea necesario, y presidir las reuniones de la misma.

El Secretario llevará la correspondencia, y el Cajero dará cuenta anual de los ingresos y gastos y del manejo de fondos de la Asociación.

*Biblioteca.*

Para obtener los medios más adecuados al fin y objeto que la Asociación se propone, indicados en el párrafo 2.º, se requiere la adquisición de obras que traten de la historia y literatura de los bascongados, é ir formando una biblioteca, de la cual puedan hacer uso los socios inscritos.

Los que no fueren socios satisfarán una cuota de 25 kreutzers á la semana por el uso de los libros, y el depósito de 5 marcos para responder del valor de los mismos. Un individuo de la Comisión directiva estará encargado de la adquisición de los libros. La biblioteca estará al cuidado de un Bibliotecario, cuyo cargo se confiere por ahora á H. Teodor Linschmann. El mismo queda encargado de redactar los estatutos, y presentarlos á la aprobación de la Comisión.

La decisión del Presidente respecto á la aceptación ó no aceptación de libros, escritos, etc., para la biblioteca, sera acatada y respetada por el Bibliotecario.

*Organo de la Asociación.*

Con el fin de propagar en todos sentidos el espíritu de la Asociación Basca y con el de llegar mejor á conseguir el objeto que la misma se propone, se hace necesaria la fundación de un periódico propio de la Asociación.

Los fondos necesarios para ello se obtendrán por las suscripciones anuales de los socios. Este periódico, que llevará el título de *Euskara*, saldrá á luz por de pronto sin término fijo, y más tarde trimestralmente. Cada número constará de una ó dos hojas en 4.º Se remitirá gratis á los socios. Los que no sean socios pagarán por ahora 1,50 marcos el número. Los ejemplares extra se computarán á los socios por la tercera parte del precio de venta.

A los oscios que colaboren en el periódico se les enviarán dos ejemplares del número en que se hayan insertado sus trabajos, así como además tres pruebas del mismo sin gasto alguno.

La cooperación al periódico es libre para todos los socios de la Asociación Basca. Los trabajos para el mismo habrán de remitirse en alemán, en francés, en español ó en basco, y han de tratar precisamente de asuntos concernientes á la lengua, historia, literatura, etc., de los bascos, según se previene en el párrafo 2.º Todo trabajo que no esté en alguna de





Jules A. V.

A. GONZÁLEZ DEL.

EL MARQUÉS DE LOMBAY RECONOCIENDO EL CADÁVER DE LA EMPERATRIZ ISABEL EN LA CAPILLA REAL DE GRANADA.



estas lenguas ó que no se refiera al pueblo bascongado, á su lengua, historia, costumbres, etc., se considerará como no remitido. Estos trabajos se remitirán franco de porte al Presidente de la Asociación, el cual tiene derecho de rehusarlos ó de reducirlos. En caso de que se exija la devolución de los mismos, se verificará á costa del autor ó remitente.

#### Variación de los Estatutos.

Toda modificación de los estatutos deberá hacerse por las dos terceras partes de los socios suscritos. Se dará conocimiento previo á cada uno de los socios de la modificación que se proyecte.

## LEYENDA NABARRA

EL SANTUARIO DE SAN JUAN DEL RAMO.

**E**NALIZABA el mes de Julio del año 1445; el sol caía á plomo sobre las feraces campiñas que se extienden entre Logroño y Viana; los labradores interrumpían sus rudas labores y buscaban la sombra de las encinas, abundantes entonces en aquella comarca; los rebaños sequeaban también jadeantes bajo los árboles, sin que se oyera ni el balido de los corderillos, ni el cantar de los pastores; el calor hacía enmudecer hasta á las aveciñas del cielo, que se refugiaban entre umbrosas florestas y se bañaban en los riachuelos. Sólo se escuchaba en los extensos campos el estridente chirrido de millares de insectos, que semejaba el hervor de aquel abrasado terreno.

Súbitamente sintióse en lo profundo del vecino bosque un insólito rumor; ladridos de lebreles, relinchos penetrantes, ronco són de bocinas, gritos enérgicos y alegres y francas carcajadas.

Lanzábalas un numeroso grupo de lujosos jinetes, que pronto desembocó en el soto persiguiendo á la caza, sin reparar en los rigores de aquella tórrida temperatura.

Las armas y los ricos jaece, heridos por el sol, brillaban como ascuas; las vistosas caperuzas de los halcones parecían pintadas flores, flotaban los ropajes lucidos de los caballeros, y los briosos corceles, desparamándose por el llano, corrían en dirección al Ebro, cual si quisieran limpiar en su corriente el sudor en que estaban empapados.

Delante de aquellos airoso caballeros, manejando su corcel con notable soltura, corría un joven de fisonomía inteligente y noble apostura, que tarareaba una sentida cantiga.

Era D. Carlos, Príncipe de Viana.

Después de hacer salvar con prodigiosos saltos zanjás y jarales á su noble bruto, castigó fuertemente el Príncipe con sus calados acicates y lanzóse en una vertiginosa carrera, deteniéndolo después súbitamente como para hacer gala del brío de sus puños.

Esperó entonces con regocijada fisonomía á su comitiva, y dijo viendo á su guarda particular, el noble y honrado Martín Fernández de Sarasa, y á Musen Bernat de Ezpeleta, su caballero, que jadeantes llegaban á su lado:

— ¿Qué vos parece deste cavaillo é deste cavallero?

— Parésceme — contestó el honrado D. Martín con respetuosa confianza — que si vos sobran valor é destreza, faltosvos agora un tantico de prudencia, que es virtud á todos nescésaria é muy más á los Reyes. ¿Qué dijera vuestra joven esposa, la muy reductable é magnífica Señora Princesa de Viana, Doña Inés de Cleves, si en semejantes peligros veros pudiera?

— Tenéis razón, buen Martín — repuso el Príncipe; — empero el ave prisionera sueña con el espacio adonde tender sus alas..., é ¡qué mayores captivos que los Reyes! Por eso, cuando finco lejos de la cort é de su severa etiqueta; cuando me veo solo en medio de los campos, con el cielo azul por techumbre, hierbecillas é flores por tapices, olor de tomillo é romerín por perfume, cantos de ave é lamentos de brisa, é silbido de alimañas é mormorio de fuentecicas en vez de lisonjas de falsos servidores, dilátase en mi pecho, tiembla de entusiasmo el ánima; nascen canciones del mi corazón é siento nescésidad de correr, de saciar los mis ojos en esa hermosa tierra é en ese cielo esplendoroso, é de hacer remembranza que así que para los pobrecillos homildosos deste mundo, los fizo Dios también para los Reyes...!

— ¡Cómo demuestra el vuestro razonar que sois mozo é que el Señor vos fizo maestro en la gayera ciencia! — interrumpió D. Bernat.

— ...E cuando me siento arrebatado por el mi corcel, como poco ha — prosiguió diciendo el Príncipe — parésceme que por ante los ojos míos pasa el tiempo que fué en Nabarra, é creo ser Iénego Aritza, ó Sancho el Fuerte en las Navas, ó el Abarca en Iruña, ó Tibalt en Tierra Santa, é antójanseme el bosque lejano, é las peñas oscuras, ejércitos de infieles ó de enemigos de mi Regno; é entonces hiéreme la sangre en las venas, é golpéame rudo el corazón, é de coraje tiémblame la diestra, é lánzome loco en seguimiento del soñado perigo á vencer ó fenecer por Nabarra, que, como aquellos mis nobles agtielos, amo más que á mi vida, é á costa de eilla más é más enaltescer quisiera!

— Lo merescen los vuestros sentimientos — dijo Fernández de Sarasa — empero no deseáis nuevas guerras; que harto desolaron en todos tiempos esta tierra; pensad que tanto debe ésta al sabio é justo Rey Carlos el Noble, vuestro agtielo, que tanta paz é bienandanza la concedió, como á los Reyes famosos que nombraisteis; é que más nescésita en los días de desunion que corren, prudencia en los consejos é union de voluntades que valor en las lides.

— Es cierto — murmuró tristemente el Príncipe — todos parecen conjurarse contra de Nabarra envidiosos del su renombre é poderío; los Reyes de Castieilla é Francia validos de nuevas divisiones, espando el momento de lanzarse falsamente sobre su presa, como canes que se disputan un hueso...

— «Utrínque roditur» — interrumpió Martín de Sarasa recordando el mote de la significativa empresa heráldica adoptada por D. Carlos. — ... La nobleza del regno en bandos; el país hirviendo en facciones; quereillas en los campos, quereillas en las villas; quereillas en las ciudades... é, lo que es peor — dijo D. Carlos conmovido y bajando la voz — ¡quereillas entre padres é hijos...!

Dirigió el guarda del Príncipe su mirada compasiva sobre éste é iba á contestarle, cuando, á corta distancia, pasó repentinamente un ciervo, que, rápido como una exhalación, se encaminaba al bosque.

A su vista brilló en los ojos de D. Carlos un destello de gozo: movió su cabeza cual si quisiera sacudir sus tristes pensamientos; afianzóse en los estribos, llamó á los perros y volviéndose á D. Martín y á Ezpeleta, que miraban con contrariado gesto sus preparativos les dijo sonriendo:

— No necesito que vengáis á mi lado; seguidme... si podéis.

Y picando espuelas partió á escape, seguido solamente de su jauría, desapareciendo al poco rato entre la maleza de la selva.

## II

Mientras el de Sarasa y Ezpeleta se reunían con el resto de la comitiva para ir en pos del Príncipe, el cielo iba cubriéndose de nubes.

Presentáronse primero en el horizonte en forma de redondeados copos, que lentamente crecían y chocaban confundiendo unos con otros, bien pronto el sol quedó oculto tras de un toldo negruzco y bermejo; un viento sofocante, caliente como los vapores de un horno, pasó cual ola de fuego por los sedientos campos, leve al principio, violento luego, impetuoso, terrible poco después, como el Simoum del desierto.

Las hojas de los árboles, que susurraban temblorosas agitadas por las primeras ráfagas, volaron pronto en torbellino como en las postrimerías del otoño; cayeron luego tronchadas lozanas ramas, y por fin troncos robustos fueron también cortados como leves cañas.

Los bramidos del viento se confundían con el estrépito del trueno que cada vez se oía más cercano; los relámpagos se sucedían sin interrupción; masas de nubes plomizas pasaban á corta distancia de la tierra dejando caer gruesas gotas, que, como si tocaran sobre ascuas, se evaporaban al llegar al suelo. Siguiólas una lluvia torrencial; las colinas lejanas quedaron como envueltas en niebla; borráronse después los objetos más próximos y luego todo quedó oculto por aquel diluvio.

Cada surco era un arroyo; cada depresión del terreno un lago; cada zanja un torrente que espumoso corría, chocaba, y en torbellino se precipitaba hacia el Ebro.

En el bosque donde el Príncipe de Viana se encontraba, no era menos imponente la tormenta; el huracán, penetrando en él con ímpetu terrible, azotando furioso árboles y rocas, llenaba los espacios de bramidos lamentosos y el suelo de destrozadas ramas; la oscuridad era imponente y temeridad insigne el recorrer en tales condiciones tan escabrosos terrenos; pero, como ya vimos, D. Carlos tenía sed de aquella hermosa libertad del solitario campo, y,

valiente y poeta, las iras de los elementos, lejos de amilanarle, le fascinaban.

Olividóse, pues, de la caza por contemplar las convulsiones de la naturaleza en todo su grandioso horror sin más testigo que Dios, é internóse en lo profundo de aquel desierto. Oíase caer la lluvia sobre los copudos árboles, pero tardó en humedecer el suelo; por fin, humillóse también la verde y ondulante bóveda, dando paso á las cataratas del cielo; los relámpagos parecían incendiar el bosque, y las exhalaciones atraídas por los árboles caían con espantable frecuencia.

Don Carlos espoleaba inútilmente á su caballo, que temblaba de espanto y encabritándose se negaba á andar; los perros se guarecían entre las patas del noble bruto y lanzaban tristes aullidos; la permanencia allí era imposible. Comprendió por fin el Príncipe y necesitó toda su serenidad y su energía para conseguir salir de aquel antro; pero la tormenta, lejos de ceder, parecía redoblar su furia; conoció D. Carlos que se encontraba poco distante del lugar de Aras, y distinguiendo próxima la ermita de San Juan del Soto, encaminóse hacia ella; apeóse ante su pórtico y quiso guarecerse en su interior, pero halló la puerta cerrada. A pocos pasos se elevaba un gigantesco roble, y bajo él se cobijó el egregio cazador por librarse de las piedras que empezaban á lanzar las nubes.

Pocos momentos habían trascurrido, cuando sintió el Príncipe — mejor dicho, presintió — que el fuego del cielo se precipitaba sobre él, y cayendo de hinojos invocó fervoroso al santo que allí se veneraba, exclamando:

— ¡San Juan, valedme!

El horrísono estrépito del rayo ahogó su grito, y una ráfaga de fuego envolvió instantáneamente árbol, ermita y monte...

Pero hay algo que sobrepaja en fuerza y rapidez al rayo, y es la oración, cuando sincera, confiada y fervorosamente la envía el alma al cielo; la oración santa, que salvando la inmensidad que media entre este enlodado valle de miserias y el immaculado alcázar de Dios, llega hasta el trono del Altísimo en el momento mismo en que surge del fondo del espíritu atribulado.

Así fué acogida, sin duda, la plegaria del Príncipe de Viana.

Quebrantado por horrible sacudimiento; cegado por el indescriptible resplandor del rayo, permaneció D. Carlos durante largo rato sin darse cuenta de lo que sucedía; pero, por fin, recobró su corazón la habitual energía; volvió la luz á sus ojos y pudo dirigir la serena mirada en torno suyo, reflejándose bien pronto en ella intenso sentimiento de admiración, espanto y gratitud.

La ermita se veía envuelta en humo, del que se desprendía un sofocante hedor de azufre; las rocas del cerro estaban ennegrecidas y pulverizadas; el gigantesco roble destrozado; sus nudosos brazos yacían carbonizados, humeantes, en informe montón en el suelo, y bajo ellos aplastado el brioso corcel del que pocos momentos antes se había apeado el Príncipe; pero el robusto ramo bajo el cual se cobijara, sostenido al parecer por escasos filamentos del viejo tronco, se mantenía milagrosamente firme y lozano, protegiendo á D. Carlos de las ramas superiores, que al caer le hubieran destrozado, y formando sobre su cabeza, con la gala de sus frescas hojas, un majestuoso y verde solio.

Elevó sus ojos al cielo el noble Príncipe al contemplar la visible protección del Todopoderoso, y profundamente conmovido, postróse sobre los humeantes restos, y prometió conmemorar tan milagroso suceso, erigiendo en aquel sitio un monasterio bajo la advocación de su intercesor San Juan.

Cumplió su propósito, en efecto, y aquel venerando asilo subsistió hasta épocas recientes, siendo designado en aquella comarca con el nombre de *San Juan del Ramo*, nombre repetido por todos, pero cuyo origen es de bien pocos conocido.

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

## EL PRIMER MISIONERO

DEL DESIERTO DE SAHARA Y DE LA COSTA DE MARRUECOS.

Ó SEA

EL BEATO TADEO DE CANARIAS, AGUSTINO.



**E**N el año de 1525, varios vecinos de la ciudad de San Cristóbal de Tenerife en las Canarias, con permiso del gobernador de aquellas islas, armaron por su cuenta una escuadrilla para ir á vengar ciertos agravios que habían recibido de algunas tribus africanas



de la costa fronteriza. Desembarcaron los expedicionarios con felicidad en la margen izquierda del río Sus, y dirigiéndose por tierra á la ciudad de Tagaos<sup>1</sup>, dieron cima á la empresa con tan buen resultado, que en pocos días derrotaron á los adversarios y cayeron en su poder muchos moros, entre ellos el alcaide ó gobernador de Tagaos, al cual, con otros 80 de los principales de dicha ciudad, llevaron á San Cristóbal de Tenerife en clase de prisionero.

Aconteció un día que estando el referido cacique asomado á la ventana de una casa principal, que le habían asignado por cárcel, vió pasar á dos religiosos agustinos, á los cuales hizo llamar inmediatamente, y postrado en el suelo comenzó á besarlos los hábitos y darles otras muy singulares muestras de veneración y respeto.

Los religiosos, sorprendidos de aquellas atenciones, le preguntaron si era cristiano ó quería convertirse á la fe católica, á lo cual respondió el moro:

— No tengo por ahora ánimo de dejar la religión de Mahoma; pero hago á ustedes esas reverencias porque están ustedes vestidos como está el cuerpo del santo de mi tierra.

— Si ese de que nos hablas — dijo un religioso — era sectario de Mahoma, no envidiamos su santidad; si era cristiano, entonces sí que puede ser verdaderamente santo.

— Cristiano es éste — repuso el moro — y tiene el vestido, cabello y barba como ustedes; y toda la comarca recibe de él grandes favores, que concede especialmente cuando se lo suplican los niños ó los cristianos cautivos.

Hicieronle otras varias preguntas los religiosos, á las cuales contestó el moro con notable aplomo y conocidas muestras de sinceridad.

Vueltos los religiosos al convento, refirieron al Prior todo lo sucedido, quien deseando enterarse por sí mismo de lo que le contaban, fué en seguida á ver al africano, el cual le refirió lo mismo que había dicho á los dos religiosos. Por lo cual comenzó el Prior á tratarle con mucho agasajo é inducirle á que accediese á otorgar el santo cuerpo, ofreciéndole para ello el conveniente rescate.

No dió el resultado apetecido toda la habilidad del P. Prior: sólo consiguió que el moro se prestase á dar cartas de recomendación para los de la ciudad de Tagaos, y obtenido el permiso del gobernador de Canarias para enviar religiosos á tratar de reconocerlo, mandar con ellos algunos moros que les acompañasen y dirigiesen, como en efecto se verificó, yendo de embajadores el mismo Prior, que se llamaba Fr. Enrique de Olivera, natural de Villaviciosa en Portugal, y otro cuyo nombre era Fr. Miguel Viejo, de Viana de Camiña.

Diéronse á la vela en Tenerife en compañía de algunos comerciantes y de otras personas que iban á redimir ó rescatar cautivos, y llegando sin novedad al África, desembarcaron en el puerto de San Bartolomé<sup>2</sup>, no lejos de la mencionada ciudad de Tagaos, á la cual enviaron algunos moros con las cartas de recomendación manifestando el objeto de la embajada.

Vinieron en seguida muchos habitantes de Tagaos, y obsequiando espléndidamente á los religiosos, les introdujeron tres ó cuatro leguas tierra adentro, y llegando á un espacioso campo, en un pequeño cercado de forma cuadrada con muro de pared cubierta de teja, cobijado por la sombra de un robusto y añoso árbol, hallaron el bendito cuerpo echado, dice un historiador, con el rostro mirando al cielo, vestido del hábito de la Orden de San Agustín, los brazos dentro de las mangas y descansando sobre el pecho; el hábito negro le cubría hasta los pies, y debajo de él se veía un poco la túnica ó hábito blanco; la correa larga y ancha, calzados los zapatos y la capilla puesta de manera que se veía algo el cerquillo de la corona; parecía de edad de 40 años, y la barba hecha como de ocho días, y los ojos cerrados, tan entero como si en aquella hora espirara, y los hábitos y calzados de la misma manera. Quisieron besar el hábito y traer alguna reliquia, pero no lo consintieron los moros, diciendo « que la carta del alcaide sólo les mandaba que lo dejaran ver. »

Retiráronse los religiosos muy satisfechos de haber visto lo que deseaban, pero con grande tristeza de tener que dejar aquella joya entre infieles, expuesta á mil profanaciones; y se aumentó el sentimiento cuando al volver á la ciudad de Tagaos, próxima á ella les enseñaron una casita con muchos

libros: eran los mismos por que él leía y rezaba; pero no les permitieron tocarlos, aunque lo solicitaron con mucha instancia, con ruegos y con dádivas, por ver si descubrían el nombre del que los había usado, ni traer ninguno de ellos, por la misma supersticiosa obediencia de su cacique, que sólo les recomendaba enseñasen aquellos objetos.

Antes de retirarse del África los religiosos, hicieron mil averiguaciones sobre el origen de la posesión de aquel precioso tesoro, del nombre, obras y milagros de aquel santo, y todo lo que podía conducir á esclarecer aquel casi maravilloso hallazgo; todos respondían acordes que lo poseían por herencia de sus mayores, á los cuales habían oído llamarle el Agustino, y que había sido un hombre santo y que había empleado la vida en hacer bien á sus semejantes, y que entonces mismo, añadieron, desde el *Paraiso* les dispensaba grandes beneficios; porque luego que padecían los campos secas, vestían y daban bien de comer á algunos cautivos cristianos, y mandándoles que fuesen al Santo á pedirle lluvia, al punto la conseguían; y también en tiempo de peste habían experimentado su valimiento para con Dios; y les refirieron varios milagros obrados por su intercesión.

De todo lo cual sacaron los embajadores varios testimonios auténticos, con gran número de testigos, y de ello enviaron una copia al General de la Orden, y otra al Provincial de la provincia de Portugal, y otra conservaron en las islas Canarias; y vueltos al convento, procuraron indagar de quién pudiera ser aquel santo cuerpo<sup>1</sup>. No les fué muy difícil descubrirlo, porque en el archivo del convento de San Cristóbal había documentos que testificaban cómo en el año de 1470 vivía en Canarias un religioso de nación portugués, llamado Fr. Tadeo, profeso en el convento de Nuestra Señora de Gracia de Lisboa, varón santísimo, el cual, doliéndose en el alma de que algunos de los cristianos cautivos por los moros apostatasen, después de muchas instancias y señaladas pruebas de que el Señor le llamaba para tan santa obra, obtuvo de sus superiores licencia para pasar al África á fin de sostener en la fe á los cristianos cautivos, y predicar el Evangelio á los secuaces de Mahoma, con lo cual se persuadieron era éste el Santo cuyo cuerpo con tanta veneración conservaban los africanos; y así como en vida fué el sostén de la fe en aquellas tierras con su predicación y santas obras, así luego desde la patria celestial lo era con los milagros que obraba.

De tres de los muchos milagros que obraba el Señor por intercesión del Santo agustino, se conserva una exacta relación escrita por Alvaro Ortiz Zambrano, Sargento Mayor de la isla de Fuerte Ventura, testigo de vista de ellos, estando rescatando cautivos en la ciudad de Tagaos el año de 1562, cuya relación insertó íntegra el P. Pedro de Campo en la primera parte de su *Historia general de la Orden de San Agustín*; y de todo lo que llevamos referido se hicieron en los siglos XVI y XVII cuatro minuciosas informaciones además de la de los agustinos mencionados. La primera en 1546, por haber llegado otros moros á Tenerife y haber practicado con los agustinos que á su paso encontraron en las calles de la ciudad las mismas ceremonias que el mencionado Alcaide de Tagaos; otra en Tánger en 1586 por mandato del gobernador de la misma ciudad D. Ruiz Méndez de Vasconcellos, conde de Castelmiller; la tercera en Arguín, á instancias del capitán de esta fortaleza D. Juan González de Alcaide, en la cual firmaron gran número de testigos; otra en 1615 por los Padres de la Merced; y la última se hizo en Portugal á instancias de D. Fr. Alejo de Meneses, agustino, Arzobispo de Braga y Virrey de Portugal.

Véase el P. Pedro de Campo, *Historia general de la Orden de San Agustín*; Crusenio, *Monasticon Agustinianum*, y Márquez, *Origen de los Ermitaños de San Agustín*, el cual refiere muchos de los milagros verificados por intercesión del B. Tadeo.

FR. TIRSO LÓPEZ,  
Agustiniano.

<sup>1</sup> Los conventos de Canarias en aquel tiempo dependían de la provincia de Portugal, de la cual se proveían, no sólo de Prelados, sino de religiosos conventuales cada tres años; por esa causa no había en las mencionadas islas aquellos Padres ancianos que, cual historia viva de lo ocurrido en sus monasterios, conservan frescas las más remotas tradiciones; y de aquí que fuese necesario acudir á los documentos del archivo en busca de lo que en otras circunstancias nadie hubiese ignorado.

## ¡SI YO TUVIERA MADRE...

### CUENTO

Á MI QUERIDO HERMANITO ÁLVARO.

(Conclusión.)



Y todos los vecinos, bajo la dirección del Párroco, del Alcalde y de la Guardia civil, reunían á toda prisa maderos, y los sujetaban con fuerza para formar una balsa. La operación era larga; pero no podía hacerse otra cosa por no haber barcas en la villa. Entretanto iba amaneciendo, y los resplandores del risueño día que despuntaba permitieron á la numerosa multitud que había concurrido, comprender lo horrible de la situación. Nunca se había visto avenida tan considerable; el río se extendía algunos metros más que en las mayores de que recordaban los ancianos; había saltado el hondo cauce hasta el punto de que no se conocía la cascada del arroyuelo, cubierta por las aguas, que bajaban sangrientas, espumosas y rugientes. En el molino, completamente aislado, se asomaban á un alto corredor de madera, pidiendo socorro con desesperados gritos Juramentos, su esposa y su niño. A sus pies, las aguas del azud que saltan con fuerza extraordinaria por el arco de las ruedas, formaban inmenso remolino. Juramentos vió con espanto la imposibilidad de echarse á nado en medio de él, y la casa no tenía salida sino por aquel lado. Y el agua subía, subía, y casi tocaba ya la planta del corredor... Y las maderas crujían, y las paredes retemblaban al violento empuje de la corriente... Aquel era un cuadro desolador... La mujer, puesta de rodillas, extendía los brazos invocando á la Virgen patrona de la villa, cuyo santuario descollaba á la izquierda en una altura cercana; el niño, abrazando á su madre, lloraba temblando y llamaba á la Virgen también; Juramentos, de pie, inmóvil, con los brazos cruzados, contemplaba con angustiosa impaciencia la construcción de la balsa, y á ratos lanzaba una blasfemia.

— ¡No jures, por Dios! — exclamaba entonces su mujer.

— Pedro, por la Virgen Santísima, no jures! — le decía también el P. Plácido.

Por fin la balsa, botada al agua por los robustos brazos de algunos vecinos, que con dos guardias civiles saltaron en ella, avanzaba lenta y penosamente río arriba con dirección al molino. Las fuertes varas con que hacían hincapié para adelantar, crujían y se doblaban; la balsa retrocedía á veces y se balanceaba sobre el abismo. La multitud que contemplaba á los valientes con ansiedad, los animaba con sus voces, y lanzaba un grito de dolor á cada contratiempo que advertía. La balsa, huyendo del torbellino formado al pie del corredor, se dirigió al molino por el lado izquierdo.

— ¡Aquí, aquí! — gritaron los conductores.

Y al mismo tiempo, con cuatro piquetas trabajaban con ahínco desde la balsa por abrir un boquete en la pared lateral. Cuando ya llevaban su obra adelantada, un grito de la multitud les advierte que corren peligro, dejando á la débil embarcación á merced de la corriente, aléjanse precipitadamente del muro, y éste se viene al agua con espantosa ruina. Sobre el débil entarimado de una habitación que queda descubierta, aparecen Juramentos y su familia.

El peligro de aquellos desgraciados era inminente. Todas las maderas lanzaban fuertes crujidos, y la casa temblaba. La mujer cayó de rodillas, tendió los brazos al santuario de la Virgen que descollaba entonces á su frente, y con grito de suprema angustia exclamó:

— ¡Virgen Santísima...! ¡Madre mía...!

El niño, estrechamente abrazado á su madre, alzó también los ojos llenos de lágrimas á la ermita, clamando con infantil acento:

— ¡Madre mía...!

Juramentos, hondamente conmovido, no pudo contenerse; cayó también de rodillas, y con los brazos extendidos hacia el santuario, gritó igualmente:

— ¡Madre mía...!

— ¡Amparadlos, Virgen Santísima, amparadlos! — clamaba arrodillada la multitud, que contemplaba desde la orilla tan doloroso espectáculo.

Los de la balsa entretanto, comprendiendo que la pérdida de un solo momento podía ser fatal, hacían heroicos esfuerzos para acercarse á las ruinas. Cuando se vieron á tiro, arrojaron á Juramentos una cuerda, que sujetaron por el extremo á la balsa. Asíéronse los desgraciados á la cuerda como á su tabla de salvación; mas al tirar de ella, sintieron crujir el carcomido pavimento, vacilaron un instante, alzaron los ojos al santuario de la Virgen, no sé si invocándola ó dirigiéndole el último adiós, y estre-

<sup>1</sup> La ciudad de Tagaos hallase situada entre los ríos Nun y Sus, próxima á esta á los 25 grados de latitud, y es como el límite que divide el Imperio de Marruecos de las tribus independientes del gran desierto de Sahara.

<sup>2</sup> Este creen muchos que es el puerto de Iní, que pertenece á España según el tratado de Vad-Ras.



chamente abrazados los tres, entre el ruido de la avenida, el estallido de las maderas y los gritos de horror de la muchedumbre desaparecieron debajo de las aguas.

## CAPÍTULO VII

## CONCLUSIÓN.

## I

Enroscado en el tradicional escaño dormía filosóficamente Furrufas, ya que no el sueño de los justos el de los satisfechos, cuando vino a despertarle la repentina y bulliciosa presencia de Colín, que alegre como un par de castañuelas, saltaba y brincaba, iba y venía, volvía y tornaba con su acostumbrada movilidad de ardilla.

— Buenos vientos corren hoy por esta casa, Colín — le dijo el gato.

— Calla, hombre, digo, gato, calla, que estoy que reviento de gusto.

— Tú dirás.

— ¿Sabes lo que pasa? Que ya se acabaron las malas caras, que esto está como una balsa de aceite, que aquí todo el mundo está contento, y que acaban de hacerme más caricias que nunca. En fin, que estoy tan alegre, que me entran ganas de darte un beso — dijo Colín acercándose.

— Eso no... ¡jojo...! hablémonos á respetuosa distancia.

— Tú siempre tan arisco.

— Y tú siempre tan tonto.

— ¡Tonto? ¿Por qué?

— Porque andas siempre mirando á los amos á la cara, y si están tristes, te pones triste, y si alegres, alegre.

— ¿Pues no hemos de tener ley á la familia? ¿Tú no sentías el disgusto de los amos?

— Lo sentía; pero no lo podía llorar. ¡Buena boba, pasar mal rato por nadie...!

— ¿Ni te alegras de que se haya concluido?

— ¿Yo...? Ni pito ni flauto — dijo Furrufas enarmando el lomo y dando un soberbio bostezo.

— No digas eso, que me sulfuras.

— ¡Ah, tontín...! Sigue, sigue con esas quijotadas y verás qué pelo echas.

— ¡Vamos, que tú también sabes hacer la rosca á los amos!

— Cada cosa á su tiempo... ¡Si se trata de comer...!

— ¡Ah...! entonces ya haces bien la gata morta, que parece que no has roto en tu vida un plato.

— Eso es entenderla, pobrete, y hasta que tú no entiendas ese registro no harás cosa de sustancia.

— Pero seré un perro de bien.

— Con tu pan te lo comas, y buen provecho.

— Quitá de ahí, que tienes el alma tan negra como el pelo.

— Y tú el pelo tan lacio como tenías el alma hasta hoy.

— Ahora me desquitaré.

— Para eso yo no necesito desquitarme.

— En este mundo todos los pillos tienen fortuna.

— Dame tajadas y llámame pillo.

— ¿Qué crees, que no te las puedo dar? Alguna espero comer hoy.

— Ya decía yo que estabas muy contento.

— No es por las tajadas, que es por ver alegres á los amos.

— ¡Ya...!

— ¡Piensa el ladrón que todos son de su condición...!

— Bien, corriente, pase, en fin, etc... ¡Juuum...!

Y vamos á ver, ¿dónde vas á hallar esas tajadas?

— ¿Pues no sabes que esta mañana vamos toda la familia de romería al santuario de la Virgen en acción de gracias?

— No lo sabía.

— ¡Báui, judío...! tú nunca sabes esas cosas.

— ¿Como tú estás en intimidades con los amos...!

— ¡Ya se ve que sí!

— Muy bien... Pero lo que es por eso de la romería no sé yo cómo sacas tú lo de las tajadas.

— ¡Toma...! Es que vamos á pasar allí el día de campo, y llevamos una merendola de las que dicen: ¡canela...! Salchichón, cecina, chorizos, pollos; en fin, chico, ¡la mar!

— Eso sí, recuerdo haberla visto preparar anoche.

— ¡Siempre has de estar tú oliendo donde guisan!

— Y aun la he probado yo antes que tú, que buen chorizo de ella me he metido entre pecho y espalda.

— ¡Ah ladrón... En cambio hoy no la catarás.

— ¿Quién se apura, habiendo donde echar el guante?

— ¿Conque vienes?

— No, Colín, divertirse y buen provecho.

— Adiós, Furrufas, que duermas bien.

— Procuraré hacerlo á mi gusto — respondió Furrufas volviendo á enroscarse.

Poco después salían todos de casa: Antonio con la cesta de las provisiones; Manuela, radiante de felicidad, con su niña en brazos, y Angelito, completamente restablecido, luciendo su ropa *maja*.

Colín saludó cortésmente á las gallinas diciendo:

— Señoritas, hasta la vuelta.

— ¡Qué hueco va usted, señor Colín! — dijo una.

— ¡La envidia que usted tiene!

— ¡Ya...! ¡como se codea usted con los amos...!

— ¡A mucha honra!

— ¡Viva el lujo y quien lo *trujo*...! — chilló el gallo.

— ¡El que lo puede lo gasta! — respondió Colín dándose tono.

## II

Una romería en tierra de Soria es el cuadro más animado y pintoresco que puede imaginarse. Célebranse por lo común en los santuarios de la Virgen ó de algún santo, situados en amenos valles ó graciosas mesetas á las afueras de los pueblos.

A unos trescientos pasos de la villa, y sobre una colina que, como te he dicho, domina al río por el lado del molino, está la ermita de la Virgen que la población venera como patrona. Por la parte del río es penosa la subida; mas por el lado opuesto forma la colina una extensa meseta que descende con suave declive, toda alfombrada de tupida hierba poblada de frondosos grupos de árboles y cruzada por el arroyuelo cristalino de una fuente que mana cerca del santuario. Desde las primeras horas de la mañana todos los caminos que serpean por las montañas vecinas están llenos de gente que de los pueblos inmediatos afluye á la ermita. Encanta ver aquellos grupos de gallardos mozos, sanos y morenos, caminando á pie con la chaqueta al hombro, luciendo la blanquísima camisa, pantalón de paño del país y abaracas artísticamente sujetas con largas correas, ó zapatos bajos con cinta de seda verde; robustas serranas asidas de las manos, con su jubón negro de ajustadas mangas, blanco y limpiísimo pañuelo al cuello, grandes pendientes ó *arracadas* de plata, y una Virgen del Pilar, también de plata, en el collar de gruesas y doradas gargantillas; bandadas de muchachos que corren, y saltan, y culebrean, y dan volteretas y breves pasos con las manos en el suelo y los pies en alto; la gente grave caminando patriarcalmente sentada en sesudos pollinos, con descomunales alforjas á las ancas; las mujeres con sus peinados á *lo foco*, es decir, completamente echado el pelo para atrás, y sus pañuelos caprichosamente rameados de vivos colores, y los maridos con abaracas, media, calzón, chaqueta y chaleco de paño del país, mucho dorado botón de *cadena* con el busto de Carlos III, aforrados en inmensas capas ó en graciosas anguarinas de forma de dalmáticas aunque se asen los pájaros y asomando por entre las dos incomensurables puntas del cuello de la camisa, medio dedo de grueso por los bordados, aquellas caras sonrientes y bonachonas coronadas por un sombrero de anchas alas.

La villa se fué quedando desierta: todo el mundo se dirigía al santuario. Antonio caminaba con Manuela conversando animadamente con sus vecinos, que, aunque conmovidos por los tristes sucesos que en el molino acababan de presenciar, no por eso habían perdido su animación. ¡Así es el mundo; así ha sido siempre y así será! Unos rien mientras los otros lloran!

Pero dejémonos de filosofar.

Angelito correteaba delante con otros niños, acompañado de Colín, que anduvo y desanduvo diez veces el camino. A ratos se volvía el niño para dar un beso á su hermanita, con lo cual llenaba de inefable júbilo el corazón de Manuela. Llegados á la ermita donde ya los esperaba el P. Plácido, se confesaron con él Antonio y su esposa, oyeron su misa y comulgaron de su mano, mientras Angelito tenía en brazos á la niña, á quien besaba y acariciaba de todo corazón. Cuando los dos esposos volvían del comulgatorio, la niña miraba fijamente á la Virgen, y asomó á sus labios la primera sonrisa.

Poco después comenzaba la misa solemne, en la cual lució la banda de la villa sus habilidades, por cierto, no también como en las estrepitosas marchas y las animadas jotás; pero en fin, metió mucho ruido, y entusiasmó á los oyentes, poco delicados en punto á estética y gusto musical. La misa fué de las de *tres en ringle*, con mucho incensario, mucha marcha real y mucha bomba al *alzar á ver á Dios*, y con un sermón de los pocos que se habían oído en la villa. Terminada la función, los más devotos quedaron orando ante la Virgen, y los menos se extendie-

ron por la pradera. Entre los primeros estaban Antonio y Manuela, que no cabían en sí de gozo, ni sabían concluir de dar gracias á la Virgen por el inmenso favor que les había dispensado. La niña seguía sonriendo, y aquella sonrisa parecía á sus padres la del ángel de la paz que enviaba la Virgen á su casa.

Llegó la hora de comer. Cerca de la fuente, para tener á mano el *agua santa*, sentó sus reales al lado de otras familias la de nuestro carpintero. La pradera ofrecía entonces brillante y animadísimo aspecto. Al rededor de la fuente y á las dos orillas del arroyo, sentados en la hierba y á la sombra de los árboles, comían y charlaban y reían numerosos grupos; bebían otros el *agua santa*, quién de bruces, quién con la mano, unos con la petaca, y otros con el ala del sombrero; allí sonaba la música, acá la dulzaina llevaba el compás á las graciosas evoluciones y paloteos de los danzantes, vestidos de pintorescos trajes; y al rededor repartía el *sarragón*, ridículamente vestido, sonoros vejigazos entre la gente menuda; por todas partes gritos de tenderos y mercachifles que anunciaban sus juguetes, dulces y cachivaches; pitos y trompetillas de los muchachos cantares á la Virgen, muchos vivas, mucho *guitarreo*, mucha animación y mucho entusiasmo.

Antonio, Manuela, Angelito y la niña comieron en santo amor y compañía.

Colín no vió defraudadas sus esperanzas, gracias á haberse sentado junto á Angelito, á quien de cuando en cuando advertía su presencia dándole con la manita un suave golpecito en el brazo.

— ¿Gusta usted? — dijo Antonio al P. Plácido, que pasó por allí muy sofocado, aunque con su habitual sonrisa realzada por mal oculta satisfacción.

— ¡Hola...! buen provecho y que de salud sirva, hijos míos.

— Muy de prisa va usted.

— Lo estoy efectivamente.

— ¿Y la Madre Asunción?

— Loca de contenta desde que sabe lo que ha pasado.

— Gracias á usted, P. Plácido.

— Gracias á la Virgen y nada más... Adiós.

— Parece que anda usted hoy rondando mucho á los ricos.

— ¡Chitón...! voy á ver si hago algo por aquel pobre.

— Y que tal, ¿gotea?

— ¿No ha de gotear, hijos, si es cosa de la Virgen?

Y dando un beso á los niños, siguió su camino el P. Plácido.

Por la tarde se dispuso la procesión solemne. La imagen de la santa Patrona iba á ser conducida á la villa para celebrar en su honor un novenario, y estaba ya colocada en sus lujosas andas, á cuyos cuatro palos habían atado sus pañuelos de seda, signo de toma de posesión, los cuatro mejores mozos de la villa. En sus hombros salió de la ermita la sagrada imagen, y entre dos larguísimas filas se dirigió á la población. Conducida en triunfo por aquel pueblo que la amaba, la esbelta figura de María, con magnífico manto blanco bordado de oro, brillante corona de plata, rostro sonriente y bello, un ramo de flores en una mano y en la otra un lindísimo niño Jesús, entraba en el pueblo al caer el sol entre los acordes de la marcha real, el estallido de los cohetes, los gritos de entusiasmo de la apiñada muchedumbre y el volteo de todas las campanas. La numerosa comitiva se acercó al convento de la Concepción, y un conmovedor espectáculo se presentó á sus ojos. En el balcón del P. Plácido, puestos de rodillas, llorando de gratitud y de alegría, estaban Juramentos y su mujer, que levantaban en brazos á su niño, mostrándosele á la Virgen.

— ¿Conque no se habían ahogado?

— No, hermanito mío; la Virgen no abandona á los que en ella confían. Recordarás que al caer al río tenían la punta de la cuerda que les arrojaron, y asido á ella logró llegar Juramentos con su mujer y su niño abrazados á él, hasta la balsa en que se salvó. Recogidos en la casa del Padre Plácido, la mujer, que estaba desmayada, volvió en sí, y el niño, que no daba señales de vida, las dió por fin llorando. El Padre Plácido, al ir al santuario, los dejó encargados á la demandadera del convento, que los cuidó con esmero.

La multitud se conmovió al verlos asomados al balcón, y el Padre Plácido, dirigiéndose á un grupo en el cual estaba Antonio, exclamó:

— ¿Lo veis...? ¿Lo veis...? ¿Os convencéis de que tengo razón al decir que la Virgen es nuestra cariñosísima Madre...? ¡Pues todavía no sabéis que entre las almas buenas he logrado reunir, digo, ha reunido la Virgen hoy mismo los fondos suficientes para que esa pobre familia levante el molino y



pueda volver pronto á su antiguo estado...! Y volverá, si señor, volverá, porque gracias á la Virgen Pedro ha de ser otro desde hoy...!

— ¡Bendita sea la Virgen! — exclamó Antonio conmovido.

— ¡Bendita sea la Virgen! — repitieron todos.

— Sí, hijos míos, sí, — continuó el Padre Plácido — amadla, amadla siempre, que es madre cariñosa; invocadla en todos vuestros dolores y necesidades, bendecidla en todas vuestras alegrías... No olvidéis nunca que todos hemos nacido para amar; que todos necesitamos tener una madre, y que esa madre la tenemos, y es María Santísima. Sí, hijos míos; llegan momentos en la vida en que todos, pobres y ricos, hombres y mujeres, niños y ancianos, todos, todos necesitamos amparo y consuelo, necesitamos tener con quién desahogar nuestro corazón clamando: ¡Madre mía...!

En aquel instante pasaba la imagen bendita junto al balcón del Padre Plácido, y al verla el niño de Juramentos tan cerca de sí que casi la tocaba, infantil sonrisa se pintó en sus labios, brillaron extraordinariamente sus ojos, y agitando alegremente los bracitos, con delicado acento y lengua balbuciente gritó:

— ¡Viva la Virgen!

Y un clamor inmenso de entusiasmo, que brotó de todos los pechos, conmovió la calle entera respondiendo:

— ¡Viva...!

FR. CONRADO MUÑOS SÁENZ,  
Agustiniiano.

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

**Canal de la Mancha.** — Tiempo hace que están paralizadas las obras del gran túnel submarino destinado á unir Francia é Inglaterra, debido al reparo y obstáculos que éste pone á su continuación. Las obras ejecutadas en un trozo de 2.200 metros de longitud, suspendidas hace tres años, han permanecido inalterables y no se advierte en ellas ninguna filtración, lo cual es un precedente para juzgar favorablemente la realización del trayecto bajo el punto de vista técnico ó facultativo.

La idea de hacer practicable por vía terrestre el canal de la Mancha, data de tiempo, y muchos son los proyectos hechos sobre el particular. M. Verard de Sainte Anne, proyectó en 1849 la construcción de un gran puente de unión entre ambas naciones. Mr. Henry de Aulnois, presintió en la idea, trazando dos anteproyectos y procurando la constitución de la compañía *The Channel Bridge and Railway Company Limited*, que cuenta con un capital de cinco millones de pesetas.

La condición primordial de este puente es que no oponga obstáculos á la navegación de los buques que surcan el Estrecho, debiendo para ello estar el tablero del puente á cincuenta metros de elevación sobre el nivel medio de las aguas, altura que no es extraordinaria; además, las pilas deben estar bastante separadas para que no entorpezcan las evoluciones y maniobras de los buques, distancia que, en opinión de los almirantazgos francés é inglés, debe ser de 150 á 200 metros por lo menos, condiciones que se satisfacen por completo en el último anteproyecto de M. d'Aulnois, puesto que es de 400 metros la separación entre las pilas. La fundación de éstas no debe ofrecer obstáculos insuperables, puesto que en los 37 kilómetros que hay de trayecto en el trazado del puente, las fundaciones de las pilas no descenderán á más de 30 metros en un trozo de 26 kilómetros y de 35 metros en los 11 kilómetros restantes; y si bien la ejecución de estas fundaciones á tal profundidad no sería muy expedita, no debe juzgarse imposible en atención á los grandes adelantos y recursos que ha conseguido el arte de la construcción. En el puente de Brooklyn se han hecho fundaciones á 30 metros de profundidad. Los faros colocados en las pilas del puente guiarán á los buques en su derrotero, evitando que ocurrieran siniestros.

La objeción de que el impetu de los vientos pudiera comprometer la existencia del puente, ha sido consultada al observatorio central meteorológico de París, cuya opinión es que el viento Oeste en la Mancha no es más intenso que el mistral en el valle del Rhone y en las costas del Mediterráneo, donde hay numerosas obras de fábrica que no han sufrido daños por la acción de los vientos.

Es de esperar que algún día se venzan tantas dificultades como se oponen á la realización de una empresa que tantos beneficios debe producir al comercio en general.

**Altura de algunos observatorios.** — La altitud sobre el nivel del mar de algunos observatorios astronómicos, es la siguiente:

Pike's Peak (Colorado).....	4.308 metros.
Pic du Midi.....	2.859 —
Sentis.....	2.690 —
Massachusetts (Nuevo Méjico).....	2.550 —
Val Dobbia.....	2.548 —
Saint-Bernard.....	2.478 —
Monte Koilamsk (Cáucaso).....	2.364 —
Santa Fe (Nuevo Méjico).....	2.153 —
Darjeeling (Himalaya).....	2.107 —
Saint-Gothard.....	2.093 —
Simplón.....	2.008 —
Monte Washington.....	1.938 —
Mont Ventoux.....	1.900 —
Puy-de-Dôme.....	1.467 —
Ben Nevis (Escocia).....	1.460 —

**Restauración de los objetos de piedra.** — Hay multitud de objetos de piedra que al sufrir cualquier desperfecto quedan inútiles para el objeto decorativo á que se destinan generalmente, y con el fin de restaurarlos, he aquí el procedimiento que debe seguirse entre otros que, según parece, no ofrecen tantas ventajas.

Tómense dos partes de cal y una de vidrio soluble de potasa, añadiendo á todo ello la cantidad necesaria de arena fina, hasta que mezclándolo bien resulte una pasta fácilmente moldeable.

Para usarla se impregna primero la parte averiada con vidrio soluble y en seguida se aplica aquella pasta y un buen modelador la extiende para que adopte la forma debida.

Después, á las seis horas, adquiere la consistencia de la misma piedra.

**Fabricación de fideos.** — Como curiosidad para cuantos no conocen esta industria, vamos á dar una ligera idea de la misma, no para su ejercicio, pues esto exigiría todo un volumen, sino para conseguir esa cultura necesaria que hoy exige la sociedad moderna en el trato ordinario de las gentes que son realmente instruidas.

El origen de todas las pastas está en Italia, país que por tradición siempre fué distinguido para los gastrónomos, asegurándose por éstos que la cocina italiana siempre fué la primera del mundo.

Para hacer el fideo se amasa con agua caliente la mejor harina, llamada de flor; después se la recoge y envuelve en un lienzo donde se la pisa, amasándola con los pies por breves momentos; y en seguida, bajo un enorme cuchillo de madera, se la suele amasar todavía durante dos horas. Estas operaciones se simplifican mecánicamente de mil modos, como puede comprender el lector.

Inmediatamente se lleva la masa al molde, que consiste en un cilindro de hierro, provisto de una doble envoltura por donde circula el vapor calentándole constantemente para que la masa no pierda su fluidez; en el fondo del cilindro se ajustan unos platillos agujereados, por donde comprimida la masa, salen los fideos, desecándolos un ventilador, y por último, cortándose á los 35 centímetros de longitud, formándose así los haces ó madejas que se expenden después al comercio.

El color amarillo se obtiene dando á la masa una ligera tintura de azafrán.

**Vino de albaricoque.** — Se toma el albaricoque bien maduro y se corta en pedazos separando el hueso: en seguida por cada kilogramo de fruta que resulta se añaden 50 gramos de azúcar en polvo bien distribuido y se pone á cocer esta masa á un calor moderado. Se vierte después un litro de buen vino blanco y un cuarto de aguardiente por cada cuatro kilogramos de albaricoques que se tengan en la vasija.

Transcurrido un mes se trasvasa y filtra el líquido, y si no resultase bien transparente, se clarifica por medio de la gelatina, como el vino común.

**Vestido incombustible.** — Se ha ensayado en la capital de Suecia un vestido completo incombustible, inventado por mister Shiston.

Dicho vestido es doble, siendo la capa interior de goma elástica y la exterior de piel de topo. Entre ambas capas hay una cavidad, que se llena de agua. Con él se cubre, no sólo el cuerpo, sino también la cabeza y la cara, va provisto de un tubo respiratorio.

En los experimentos hechos, los bomberos, provistos de estos vestidos, han permanecido más de media hora entre las llamas, sin haber sufrido lesión alguna, ni sentido la más pequeña dificultad en la respiración.

**Silos.** — El objeto del ensilado de los forrajes verdes es evitar que fermenten y se pudran, evitando sobre ellos la acción del aire y de la humedad, que son los principales agentes que producen dichas alteraciones.

El procedimiento más sencillo consiste en hacer una fosa ó silo, de las dimensiones convenientes á la cantidad de forraje que se quiera conservar, el cual se va colocando (después del corte y de haberse secado) en capas de 30 á 40 centímetros de espesor, las cuales se comprimen y prensan fuertemente á medida que se van superponiendo unas á otras, elevándose hasta medio metro sobre el nivel del terreno. En seguida se comprime bien todo el forraje así colocado, y se cubre con un lecho de paja ó de heno, sobre el cual se vierte una capa de tierra de unos 30 centímetros de grueso, formando inclinación para que las aguas pluviales no se detengan y penetren en el interior, ó colocándolo sobre ella tablas para que constituyan una especie de cubierta para el indicado fin. Así se conserva el forraje durante varios meses, conservando todas sus propiedades nutritivas para alimento de los ganados.

## MISCELÁNEA

Hase leído hace poco tiempo en las parroquias de esta Corte la magnífica y notable Pastoral que nuestro Rvdo. Prelado dirige al católico vecindario de Madrid, recomendándole procure festejar dignamente y conmemorar con religiosa solemnidad el aniversario de la gloriosa aparición de Nuestra Señora de la Almudena en el muro de la Cuesta de la Vega, cuyo fausto suceso se celebrará el día 9 del próximo Noviembre en la cripta de la nueva Catedral.

Con este motivo, el dignísimo Sr. Obispo de Madrid-Alcalá excita el celo de los madrileños á fin de que cada uno, en la medida de sus fuerzas, contribuya con su óbolo á esta obra de utilidad común.

Mengua sería que Madrid desatendiese este llamamiento de su Pastor y las obras del primer templo de la diócesis, en el que se han de verificar las ceremonias más augustas y sublimes de nuestra Religión, se paralizasen ó interrumpiesen indefinidamente por falta de recursos. La fe cristiana de este pueblo siempre heroico y amante de sus gloriosas tradiciones, no desmayará ciertamente ante los obstáculos y dificultades que surjan en lo sucesivo, y lo que no haga la iniciativa oficial en estos casos; que siempre resulta deficiente é ineficaz, lo suplirá la caridad de cuantos se interesen por la prosperidad del culto y devoción á la Madre de Dios.

Por expresa voluntad del Prelado, se celebrará una solemne novena en la expresada cripta, en la que se ha colocado una imagen de Nuestra Señora, estando encargados de predicar los sermones de la tarde los más distinguidos oradores de la Corte, la mayor parte de ellos Eclesiásticos y Canónigos de esta Santa Iglesia Catedral.

El último día de la novena y después de la Reserva de la tarde se verificará la procesión, cantándose el santo Rosario y la Letanía lauretana en el perimetro que ha de ocupar el futuro templo sufragáneo.

El Sr. Obispo se ha dignado conceder 40 días de indulgencias á todos los fieles que con sus limosnas cooperen á la edificación de la iglesia que ha de ser morada definitiva de la Patrona de esta villa y corte de Madrid.

Se ha hecho un minucioso registro en el archivo de Segorbe, encontrándose las siguientes obras musicales:

Misas, 162; salves, rosarios y letanías, 128; miseres, 64; lamentaciones, 92; salmos, 274; magníficos, 65; completas, 69; *Te Deum*, 7; villancicos y motetes, 1.034; y sobre otros diferentes temas, hasta el número de 2.071 composiciones.

Las hay desde el año 1529 hasta la época actual; muchas no llevan año ni el nombre del autor.

Los escritores más notables de la librería de coro lo son mosen Juan Antonio Monplet en 1613; mosen Juan Puig, en 1672, y el célebre mosen Eliseo Bononat, de quien son los libros capitulares, tan admirados por los artistas por su belleza.

¡Cuántos tesoros habrá como el de Segorbe esperando la mano que los arranque de las tinieblas del olvido!

El vapor correo *Salazie* de las mensajerías marítimas, ha hecho el paso del canal de Suez en 16 horas, siendo este viaje el más rápido que se ha hecho en el canal.



Con el título de *Le Vatican et les Francs-maçons* ha publicado en París el recién converso León Taxil, al precio de un franco, una obrita de mucha importancia, en la cual están reunidos todos los actos oficiales de la Santa Sede contra los francmasones. Después de algunos preliminares, refiere León Taxil el origen y primera constitución de la francmasonería, tal cual hoy existe. Habla del Papa Clemente XII y de su Constitución *In eminenti* de 24 de Abril de 1738, que fué el primer aviso dado por los Papas a la Europa cristiana.

Pasa luego á Benedicto XIV y refiere la carta que le escribió Voltaire al dedicarle una de sus tragedias é invocar su bendición apostólica. Luego sigue la Constitución apostólica *Providas* del mismo Pontífice, y otra carta de Voltaire, en la cual reconoce la infalibilidad del Papa. A estos documentos sigue la Constitución apostólica *Ecclesiam á Jesu Christo* del Papa Pío VII, la Constitución *Quo graviora* del Papa León XII, la Encíclica *Traditi* del Papa Pío VIII, la Encíclica *Mirari* del Papa Gregorio XVI, y la Encíclica *Qui Pluribus* del Papa Pío IX.

En este Pontífice se detiene mucho León Taxil, y declara solemnemente falso que Pío IX haya sido francmasón. Refiere sobre este punto lo que escribió uno de los más elevados dignatarios de la francmasonería; demuestra la mala fe de aquellos que han inventado esta fábula y la impostura llevada hasta el extremo de hacer falsas fotografías de Pío IX en forma masónica. Recuerda, por el contrario, las sapientísimas advertencias dadas por aquel Pontífice á los príncipes, exhortándoles á no dejarse arrastrar por las cortesías de la secta.

Sigue luego León Taxil haciendo la historia contemporánea de la francmasonería, y refiere la carta del Gran Oriente de Francia al príncipe Luis Napoleón, congratulándose con él por el gran golpe de Estado del 2 de Diciembre de 1851, é invitándole á que se proclamara emperador. Hace curiosas revelaciones Taxil sobre las relaciones de Napoleón III con las logias. Del emperador masónico nació la revolución italiana, como ya lo había previsto Mons. Luis Fransoni, Arzobispo de Turín, en el año 1852, y también adivinado cuáles serían los frutos que podrían esperarse tarde ó temprano de los Gobiernos así en Francia como en Italia y España.

Habiéndose publicado en el *Diario oficial* de Francia el reglamento general de la Exposición universal, cuyo texto es muy extenso, á continuación extractamos los artículos más relacionados con las industrias agrícolas.

La Exposición se abrirá en París el 5 de Mayo de 1889 y se cerrará el 31 de Octubre del mismo año, no admitiéndose ningún producto después del 12 de Abril; ocupará principalmente el Campo de Marte, extendiéndose por ambas orillas del Sena.

Para la organización general se constituirá el *Gran Consejo* compuesto de 300 miembros, presidido por el ministro de Industria y Comercio y dividido en 22 comisiones: las comisiones extranjeras que se constituyan invitadas por el Gobierno francés, estarán representadas por un delegado que intervendrá necesariamente en la admisión de los productos de su nación respectiva; reglamentos ulteriores determinarán lo concerniente á la expedición é instalación de productos, al régimen de la Exposición y al Jurado internacional de recompensas.

Nada pagarán los expositores por el lugar que ocupen, ni por derechos de aduana y consumo.

En cada sección consagrada á los expositores de una misma nación, se repartirán los objetos en nueve grupos, de los cuales mencionamos los siguientes, relacionados con la agricultura:

*Sexto grupo.* — Material y procedimientos de las industrias mecánicas.

Clase 49. — Material y procedimientos de las explotaciones rural y forestal.

Clase 50. — Material y procedimientos de las industrias agrícolas y de productos alimenticios.

*Séptimo grupo.* — Productos alimenticios.

Clase 67. — Cereales, productos harinosos y sus derivados.

Clase 68. — Productos de la panadería y de la pastelería.

Clase 69. — Cuerpos grasos alimenticios, huevos y lechería.

Clase 70. — Carnes y pescados.

Clase 71. — Legumbres y frutos.

Clase 72. — Condimentos y estimulantes: azúcares y productos de confitería.

Clase 73. — Bebidas fermentadas; vinos, sidras, aguardientes, alcoholes y licores.

*Octavo grupo.* — Agricultura, viticultura y piscicultura.



MONSIEUR FERNANDO DE LEPSSEPS,

célebre iniciador y director de los canales de Suez y Panamá.

Clase 74. — Muestrarios y planos de industrias rurales y de explotaciones agrícolas.

Clase 75. — Viticultura: modelos, material y procedimientos de cultivo y de vinificación. Métodos para combatir la enfermedad de la vid: colecciones de cepas.

Clase 76. — Insectos útiles é insectos dañosos; abejas, gusanos de seda, cochinillas, material de crianza y procedimientos para destruir los insectos perjudiciales.

Clase 77. — Piscicultura, crustáceos y moluscos. *Noveno grupo.* — Horticultura.

Clase 78. — Invernáculos y material hortícola.

Clase 79. — Flores y plantas de adorno.

Clase 80. — Plantas de huerta.

Clase 81. — Frutos y árboles frutales.

Clase 82. — Semillas y plantas de especies forestales.

Clase 83. — Plantas de invernáculos.

*Industria y agricultura.* — No se admiten las materias que se juzguen peligrosas; las que puedan alterar los demás productos expuestos á molestar al público, se dispondrán dentro de recipientes sólidos, apropiados y de pequeñas dimensiones; el agua, gas, vapor y fuerza motriz para los diversos aparatos, se concederán gratis, siendo de cuenta de los expositores únicamente el establecimiento de las transmisiones intermedias con el motor de transmisión general.

*Disposiciones generales.* — Los expositores pueden indicar el precio de los objetos, tanto para facilitar el trabajo de apreciación del Jurado, como para noticia del público: las mercaderías expuestas que se entreguen al consumo serán consideradas para los impuestos como procedentes de la nación más favorecida; las comisiones extranjeras vigilarán sus secciones; las comunicaciones relativas á la Exposición, se dirigirán al ministro de Comercio é In-

dustria, comisaría general, Muelle de Orsay, 25, París, con esta indicación en el sobre: «Exposición universal de 1889.»

En el valle de Kansas, Estados Unidos de América, se cría espontáneamente una planta singular que vamos á describir, y la cual, por su condición característica, ha recibido el nombre científico de *ciclón, phalaphyllum*.

Se desarrolla bajo la forma de una pala herbácea, implantada á la extremidad de un tallo sumamente raquíptico, variando las dimensiones de 30 centímetros de diámetro á un metro ó metro y medio, poco más ó menos.

A medida que la planta alcanza todo su desarrollo, la unión del tallo con la hoja se debilita hasta el punto de que una ráfaga de viento cualquiera la separa del mismo, y en tropel, con una velocidad vertiginosa, recorren dichas hojas inmensas distancias salvando obstáculos, y determinando una verdadera carrera fantástica que no tiene ejemplo con los transportes de cardos silvestres y otras plantas durante los otoños de nuestros climas.

Así lo afirma el sabio naturalista y artista distinguido Daniel Berard, el cual, recientemente, ha visitado los Estados Unidos y ha tenido ocasión de verse acometido por un torbellino de dichas plantas que, á manera de espantoso ciclón, aterrorizó á todos los que le acompañaban; y con tal motivo se dió á semejante vegetal el nombre científico que expusimos al principiar estas líneas.

## ADVERTENCIA

Rogamos á los constantes amigos de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se sirvan remitirnos listas de personas á quienes se pueda enviar y recomendar el periódico.

Una suscripción nueva es un recurso más en la Caja de los pobrecitos huérfanos.



LA SEÑORITA

D.<sup>a</sup> MARÍA DE LAS MERCEDES PÉREZ VILLAMIL

falleció en Sigüenza el 12 de Noviembre de 1885.

Todas las misas que el 12 del corriente se celebren en el oratorio de la Buena Dicha, se aplicarán por su eterno descanso.

El director de esta Revista ruega á sus amigos que encomienden á Dios el alma de su inolvidable y queridísima hermana. R. I. P.

## BANCO DE ESPAÑA

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan á continuación, pueden presentarse en las oficinas del mismo desde el miércoles 3 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.º del actual.

Deuda amortizable del Tesoro de la isla de Cuba con el interés de 3 por 100 y 1 por 100 de amortización.

Obligaciones hipotecarias del Banco Hipotecario de España al 5 por 100.

Madrid 2 de Noviembre de 1886. — El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

MADRID. — Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.